CUENTOS PARA LEER ESPERANDO EL AUTOBÚS

ARMANDO TIRAPO GRACIA

Image not found.

Capítulo 1

CUENTOS PARA LEER

ESPERANDO EL AUTOBÚS

ARMANDO TIRAPO GRACIA

Dedicado a cualquier autor que haya sido capaz de escribir una historia de más de 500 páginas.

I

"Es para mí un inmenso honor dirigirme a todos vosotros, distinguidos miembros del Comité de Sabios Internacionales. Han sido más de cuarenta años dedicados a tan ardua tarea. Pero esas miles y miles de horas de estudios intensivos y cálculos sin cuento, os aseguro, ilustres amigos, que no han sido en balde. El motivo de mi presencia en esta augusta sala no os otro que presentaros al fin

el trabajo científico que me ha ocupado más de media vida… ¡Sí, estimados colegas, la fórmula matemática que demuestra la existencia de Dios!... Adivino vuestras dudas y objeciones, pero contemplad la pantalla que hay detrás de mí, con la formulación clara y detallada. La incógnita de la divinidad ha sido resuelta después de muchos siglos de controversias. Podría haberme enriquecido impúdicamente con mi formula – ofertas no me han faltado, lo reconozco –; sin embargo, me parece que un descubrimiento de tanta trascendencia debe ser de conocimiento público, y no puede dejarse al arbitrio de ninguna institución, agencia, o empresa particular. Os aseguro, queridos compañeros, que he hecho oídos sordos a los ofrecimientos del Vaticano, cuya pretensión no era otra que ocultar mi fórmula matemática hasta que la gente estuviese preparada para conocer la Verdad; y tampoco he aceptado la oferta del Pentágono para desarrollar con mi descubrimiento una posible Arma Definitiva. Incluso la misma Coca-Cola pretendía utilizar a Dios en su próxima campaña publicitaria…"

En este punto, la distinguida audiencia que había escuchado con asombro el discurso del orador prorrumpió en gritos y aplausos de lo más entusiastas, que duraron justamente hasta el aviso de uno de los celadores del Hospital Psiquiátrico, en cuyos jardines se había celebrado la magna conferencia:

Chicos, hora de merendar…

II

Se amaron toda la noche. Y a la mañana siguiente descubrieron que ya no se amaban. ¿Cómo podía haber sucedido una cosa tan rara? ¿Qué iban a hacer ahora? Más habiéndose prometido mutuamente un amor eterno. Tras un instante de duda e indecisión, los dos pensaron que después del desayuno ya verían...

III

Un buen día, me llegó un telegrama de la constelación de Orión. Me retaban a una partida de ajedrez a larga distancia. Acepté el desafío y realicé un primer movimiento con mis piezas blancas. Tendrán que pasar millones de años para que me llegue la réplica de las piezas negras. Esperaré. No hay ninguna prisa.

IV

Murió de pulmonía doble una noche de invierno poco antes de las Navidades. Dos policías lo encontraron acurrucado bajo los porches de la Plaza Mayor de una ciudad cualquiera, envuelto en su vieja manta llena de agujeros. En uno de sus bolsillos encontraron algo de calderilla, y en otro un papel escrito arrugado y lleno de manchas. "GUÍA PARA MENDIGOS Y VAGABUNDOS", decía el encabezamiento. Luego seguían una serie de normas y consignas: "Nunca dormir bajo techo, no permanecer más de un mes en el mismo sitio, ducharse una vez al año y siempre en verano, no enredarse con ninguna mujer más de una noche, agradecer humildemente toda ayuda del prójimo, y al final de cada jornada utilizar las monedas conseguidas para no irse a dormir sin cenar, ni sin echarse un último trago de vino."

V

La invité a dar la vuelta al mundo en escasos quince segundos. Me dijo que se mareaba viajando, y no quiso agarrarse a mi dedo en su recorrido por la bonita esfera terrestre de cristal iluminado. Me fui solo, y la olvidé muy pronto.

VI

La pequeña tienda de la esquina mostraba su llamativo cartel sobre la puerta: EL SOMBRERERO LOCO. Este nombre, por sí mismo, ya inducía a imaginar que acaso detrás del mostrador hubiese también una hermosa joven llamada Alicia. Pero no. El negocio lo atendía un vejete menudo, extremadamente serio, y con aires de ser la máxima autoridad en materia de sombreros, pamelas y toda clase de tocados. Viendo mis dudas y mi evidente indecisión a la hora de elegir aquello que más convenía a mi cabeza, el buen hombre decidió asesorarme con la mayor paciencia y

amabilidad.

- Vea este gorro de fieltro blanco con un sol amarillo pintado en el lado derecho. Es ideal para días nublados o si va a viajar a países lluviosos.

Ciertamente aquel gorro con sol incorporado podía ser una buena compra. Aunque la verdad es que yo no llevaba la menor intención de viajar a ningún país lluvioso.

- Este sombrero de lona azul marino con bolsillos a ambos lados para llevar la calderilla, le puede resultar imprescindible en una playa nudista.

Reconozco que esta segunda opción me tentó mucho más que la primera. Sin embargo, considerando mi natural pudoroso, intuía que tampoco este sombrero originalísimo me sería de gran utilidad.

Al fin, el amable sombrerero me persuadió de que adquiriese un elegante tirolés, cuya pluma desempeñaba en realidad las funciones de cualquier pequeña estación meteorológica. Es decir, obtenía los datos y las previsiones del tiempo, y los transmitía a través de diminutos altavoces camuflados perfectamente en el interior del sombrero.

VII

Las copas de champán en la mesa rebosaban listas para la entrada del Año Nuevo. Pero la maldita uva número doce se cruzó en su garganta en el peor momento (si es que hay algún buen momento para atragantarse). Su fiesta de Nochevieja empezó y acabó en el servicio de Urgencias del Hospital. Su legendaria fama de cenizo pudo así añadir una nueva anécdota al cúmulo de fatalidades sobrevenidas. Ni siquiera eran guapas las enfermeras que lo atendieron en el primer momento. Es más, fueron dos fornidos celadores y un médico jovenzuelo, con aire un tanto equívoco.

VIII

Besos de Nochevieja a un euro. Realmente un precio económico. Sólo, claro está, para señoras y señoritas. Un tipo guapo y elegante. Sin falsas modestias, el esmoquin y la pajarita le sentaban que ni pintado. Todo era cuestión de pasearse por la plaza repleta de gente. Cuando las campanadas del reloj dieran las doce y comenzara el Año Nuevo, seguro que más de una mujer solitaria agradecería su cálido beso. No un insípido beso de pura cortesía, sino algo verdaderamente pasional; un beso que las dejara sin respiración durante varios segundos… Como bien indicaba su cartelito en la solapa, él era un buen profesional.

IX

Sería mediado el siglo XII en los confines meridionales de la dulce Francia. La hermosísima Catalina acababa de enviudar con sólo veintitrés años. Apenas unos cuantos meses ella había podido gozar de su matrimonio. El finado esposo, señor de Chateauduprée, pudiendo disfrutar de una vida placentera junto a su joven y linda mujer, había preferido partir hacia Tierra Santa con la loable intención de matar sarracenos. Nadie supo con certeza si mató muchos o pocos; pero lo indudable es que, recién llegado a los Santos Lugares, un desdichado golpe de cimitarra le separó la cabeza del resto del cuerpo, y dejó a Catalina viuda y convertida en señora de Chateauduprée.

-¡Todos los hombres están locos!- pensó Catalina entre lágrimas cuando se enteró de la mala noticia -. ¿Por qué les gusta tanto ir a la guerra?

La hermosa viuda, que se jactaba de ser prima en segundo o tercer grado de la mismísima Leonor de Aquitania, reunió en su espléndido castillo una pequeña corte que le ayudaba a sobrellevar su triste existencia. Entre los gentiles cortesanos, destacaban sobremanera Crispín de Bearn y Denis d'Avignon. Aquél, un gracioso bufón de ingenio chispeante, capaz de hacer burla hasta de su propia condición de enano cheposo; y éste, poeta, músico y delicado cantor, cuyas trovas amorosas podían competir con las mejores de toda Francia. Hay que aclarar, eso sí, que la fealdad de rostro del buen Denis d'Avignon, insoportable para su señora, le obligaba a tener que entonar sus sentidas canciones detrás de una leve cortina. Los dos cortesanos suspiraban de amor por la encantadora viuda. Y pese a que ni uno ni otro podía soñar con ser correspondido en tales sentimientos, ambos se veían torturados por unos celos tremebundos y sin justificación posible, celos que les llevaba a vigilarse mutuamente día y noche, con una inquina tan feroz que hasta bien podía inducirles al asesinato.

La bella Catalina, conocedora por supuesto de la locura de aquellos dos enamorados, y más que nada por dispensar a sus cortesanos un inofensivo regocijo, tramó una original chanza con la que burlarse de su bufón y de su músico de cámara. Así, cierta noche, después de la cena en el gran salón del castillo, con todos sus leales presentes, Catalina le preguntó a Crispín:

-¿Tú, qué serías capaz de hacer por amor?

-Yo, mi señora – contestó el bufón sin pensarlo un segundo -, ¡por vos, me dejaría partir en pedazos!

Complacida por esta respuesta, la señora de Chateauduprée asintió sonriendo. Luego, elevando un poco la voz, ella repitió la misma pregunta

al oculto Denis.

- Por vos, mi adorada señora – se oyó al interpelado desde su puesto detrás de la ligera cortina -, ¡no dudaría en lanzarme entre las llamas de la hoguera más colosal!

Catalina volvió a sonreír escuchando palabras tan entusiastas.

- Yo no os pienso pedir, amigos míos, pruebas tan terribles –exclamó en tono divertido la joven señora. A continuación, mostrando a todos su mano derecha, se despojó de uno de los anillos que lucían sus finos dedos -. Ésta es la sortija de oro macizo con un preciado rubí de la India, regalo de boda de mi difunto esposo. Su valor en dinero es incalculable. Diría incluso tan difícil de tasar como el valor de un beso mío para dos locos enamorados.

La hermosa Catalina se levantó de la mesa y fue con pasó decidido hasta una de las ventanas del enorme salón ante el asombro general de cuantos allí se encontraban. Todos la vieron sacar el brazo por el ventanal y arrojar la joya al vacío. "¡Ya está hecho!", dijo ella volviéndose hacia los presentes. "Crispín y Denis, ahora tenéis la oportunidad única de demostrarme la firmeza de vuestro amor. Seguid el camino de mi preciadísima sortija, y quien me la devuelva obtendrá el galardón de un beso de mis labios."

Dicho esto, no hay palabras para describir el estupor de todos los cortesanos, viendo al músico y al bufón correr como dementes hacia esa misma ventana y arrojarse al foso del castillo sin el menor titubeo. Se oyó un grito espeluznante, y el sonido de un enorme chapuzón en las turbias aguas que rodeaban por entero aquella fortaleza. Minutos más tarde, servidores de la señora de Chateauduprée rescataban los cadáveres de Crispín de Bearn y de Denís d'Avignon. El primero, que no sabía nadar, murió ahogado en las sucias y profundas aguas del foso; el segundo, al parecer se había golpeado la cabeza con alguna roca y se le desparramaron todos los sesos. Nadie pudo encontrar nunca el anillo de la hermosa Catalina. Ella guardó muy bien su pequeño secreto: en realidad, sólo fingió que lanzaba por el ventanal la preciada joya. Lo cierto es que la había escondido con mucho disimulo en el interior de su escote.

X

No sé, pero creo que ha cambiado mi suerte. Ahora ya no duermo debajo del puente del Danubio en el interior de una gruesa tubería. Ni pido limosna en la escalinata de la gran Catedral Ortodoxa, siempre muy visitada por los turistas extranjeros. Ya no me alimento con las basuras y desperdicios del mercado ambulante que acude todos los viernes por la mañana a la Plaza Vieja. Por fortuna, cierto día conocí a un elegante caballero que me habló de otro país lejano y de la posibilidad de cambiar

mi destino. No lo dudé. Y ahora soy un mendigo con los papeles más o menos en regla, he aprendido el idioma local, vivo cómodamente en este pequeño poblado de chabolas con otros camaradas de mi país, gano buenas limosnas en las doce horas de servicio a las puertas del mejor centro comercial de la ciudad, y mi mujer (sí, también me he casado con una guapa compañera de oficio), mi mujer se las ingenia de maravilla para abastecernos de todo lo necesario, sin más esfuerzo que ir de aquí para allá rebuscando por los contenedores de basura en los barrios de la gente rica...

XI

Aquel diciembre fue extremadamente frío. Varios mendigos perecieron helados en los bancos del parque. Algunas personas fueron engullidas por la niebla, y nunca más se supo de ellas. La nieve cercó la ciudad. Pero la pequeña Elisa fue muy feliz estrenando sus botas nuevas de invierno.

XII

Paseando una tarde de invierno a la orilla del mar, su pie tropezó casualmente con algo muy duro enterrado en la arena. Sólo tuvo que escarbar un poco manchándose el zapato, y allí apareció una botella de cristal azul, con su tapón bien cerrado, y un misterioso papel en su interior. ¿Sería el mensaje de algún desconocido desde el otro lado del océano? Para no perder tiempo, y salir en seguida de dudas, estampó la botella contra una piedra y cogió el papel. Vio que estaba bien doblado, pero lo curioso fue que, al desplegarlo, comprobó que el supuesto mensaje no decía nada, es decir, estaba en blanco. Tras un momento de perplejidad, y aunque le parecía una estupidez eso de enviar un papel mudo desde tan lejos, encomendándolo al capricho de las corrientes marinas, se creyó obligado, no obstante, a dar una respuesta adecuada a tan extraño interlocutor. Un montón de meses después, en la otra orilla del océano, alguien recogió en la playa cierta botella con esta sorprendente misiva: " Hoy aquí no llueve. Al fin el sol brilla en todo su esplendor..."

XIII

Tenía tantas cosas que decirle que nunca supo cómo empezar. Acaso hubiera bastado con un simple " te quiero". Pero se quedó con la duda.

XIV

Todos a coro gritaron: "Abuelo, piensa un deseo y apaga las velas". El coro lo formaban hijos, nietos, y hasta varios biznietos. La verdad es que a los 99 años, el único deseo que cabía pedir era llegar vivo a la mañana siguiente. Pero sin saber por qué, antes de apagar las dos velas rojas con forma de nueve, le sobrevino un inesperado recuerdo. Corría el año 1935,

el verano llegaba a su final, y dos tranvías repletos de pasajeros se cruzaron en uno de los paseos principales de la ciudad. Ella, la muchacha más bonita que había visto nunca, le miró un instante desde una de las ventanillas del otro tranvía, sonriéndole y haciendo un leve saludo con su mano. Nunca más volvió a cruzarse con aquella desconocida. Aunque por mucho tiempo no llegó a perder la esperanza. Lo curioso fue que, después de tantos años, no pudiera llegar a olvidarla del todo.

XV

Una terrible equivocación. Buscaba al tipo que por la tarde le había robado unos cuantos euros a punta de navaja, y confundió los abrigos. Su disparó mató a un infortunado transeúnte que por simple azar pasaba por allí. Desde luego, no fue aquella una de sus mejores noches.

XVI

Una tienda de sueños. Lo cierto es que nunca antes en nuestro barrio se había visto un negocio similar. Incluso apostaría a que era un establecimiento único en toda la región. Montar una tienda de modas, una zapatería, o unos ultramarinos, era cosa corriente que no despertaba el asombro de nadie. Pero… ¿quién podía suponer que los sueños fueran género vendible? Mi amiga Merche lo decidió un buen día. Puesto que, como todo el mundo sabía bien, era una muchacha demasiado soñadora, con la cantidad de sueños que le sobraban, administrándolos adecuadamente, y puestos a la venta, hasta podía hacer una pequeña fortuna. Y hay que decir que el único problema que tuvo en los comienzos del negocio fue de índole burocrática. Los funcionarios de la oficina de permisos comerciales tardaron mucho en dilucidar si los sueños se podían expender también a los menores de edad; o si para las medidas contraincendios, lo que allí se vendía pudiera catalogarse de material peligroso y altamente inflamable. Por fin, llegaron todas las licencias y permisos. Aunque el Departamento de Comercio Local tasó los sueños como género de lujo, y lo gravó con el impuesto correspondiente… La tienda de sueños de mi amiga Merche resultó un negocio redondo. Como ella es una mujer muy inquieta y decidida, ahora mismo le va rondando por la cabeza montar un establecimiento de alquiler de esperanzas infundadas…

XVII

AFRODITA.03, autómata con características casi humanas – una especie de robot femenino de bello diseño –, fue concebida por su creador, el insigne Pepín Sánchez del Río, como una asistente sexual perfecta. La máquina del amor la llamó cierta amiga muy propensa a las definiciones cursis. Para Pepín, sin embargo, como ingeniero experto en tecnologías avanzadas, y máxima autoridad en robótica, la palabra “amor” no era la más idónea por su referencia a los sentimientos. AFRODITA.03 podría

proporcionar el máximo placer a cualquier varón, pero dentro de sus sofisticados mecanismos no cabían las emociones de ningún tipo.

- Nuestro prototipo femenino, querido compañero – le aclaró Pepín un buen día a su más próximo colaborador –, es sólo un primer paso, como muy bien sabes. Pero tenemos ahora que rematar la faena para convertir la actividad sexual de hombres y mujeres en algo plenamente lúdico y placentero, al alcance de todo el mundo, el gozo supremo del ser humano, sin connotaciones morales o religiosas, y sin ningún otro tipo de dependencia afectiva. Practicar sexo debe ser tan normal, aséptico y frecuente como el comer… ¡A diario consumimos frutas y verduras, pero nadie se ve obligado a casarse con la verdulera! ¿Entiende la metáfora, amigo mío?

El siguiente paso aludido por el genial inventor fue la creación y puesta a punto de APOLO.04, androide con formas masculinas muy bien acabadas, enteramente capacitado para satisfacer incluso los deseos y fantasías eróticas de las mujeres más caprichosas.

- AFRODITA.03 y APOLO.04 representan la verdadera y definitiva revolución sexual en la historia de la humanidad – manifestó su creador enfáticamente, un entusiasmado Pepín Sánchez, ante los innumerables periodistas nacionales y extranjeros, testigos atónitos en la presentación oficial de los dos robots –. En un futuro no muy lejano, cada persona, hombre o mujer, dispondrá por un precio módico de su propio sirviente artificial para el sexo.

¡Qué poco se imaginaba entonces el eufórico Pepín Sánchez del Río, en su momento de máxima gloria, lo que acontecería apenas tres semanas más tarde! ¡La terrible explosión ocurrida una noche en su taller laboratorio, en la que perdió su ojo izquierdo y medio brazo derecho!

- Amigo mío, aunque le parezca a usted increíble – le reveló Pepín a su fiel colaborador en su cama del hospital –, nuestra pareja de androides se han comportado igual que dos estúpidos humanos. Casi podríamos hablar aquí de una especie de atracción fatal. ¡Aunque resulte espeluznante decir esto de dos simples robots!... ¿En dónde hemos fallado?... ¡Los pillé abrazados como dos colegiales en mitad de la noche! ¡Estaban acoplándose, ya sabe usted a lo que me refiero! ¡Y digamos que tuvieron un orgasmo colosal de consecuencias devastadoras!

XVIII

"Muerte Dulce" era desde luego un bonito título para aquel informe confidencial elaborado por los cinco juristas estatales de mayor prestigio. El gobernador Richards pasaba por ser un acérrimo defensor de la pena de muerte – en cuatro legislaturas había tenido que firmar bastantes ejecuciones, y nunca lo dudó –; pero dicho esto, deberíamos añadir

también que fue el gobernador Richards, hombre de talante humanitario, quien abolió en aquel territorio de los EE.UU. el uso de la silla eléctrica para tales ejecuciones, e impuso el método menos cruel de la inyección letal.

- Llevan ustedes razón en su informe, amigos míos; esas malditas inyecciones fallan bastante – el gobernador Richards, juntando los dedos de sus manos, y asintiendo con expresión muy seria, parecía verdaderamente afligido –. Las dos últimas ejecuciones fueron una chapuza de lo más lamentable. No podemos tener al pobre reo cincuenta minutos con convulsiones horribles en una agonía atroz… ¡Fallos así propician esas críticas desaforadas de los pichaflojas europeos, que nos miran como a unos bárbaros! ¡Por ello es vital para el prestigio de nuestra nación que este proyecto sea un éxito absoluto e incontestable! Por favor, caballeros, hagan pasar al señor John K. Smith, y veamos su extraordinaria propuesta.

Pocos segundos después, la insólita figura de John K. Smith hizo su entrada en aquella sala de reuniones; y la verdad es que logró impresionar al gobernador Richards, con su parche negro en el ojo izquierdo, y el brazo derecho artificial, dotado de apariencia y movilidad casi perfectas. Ninguno de los asistentes en la sala tenía el menor conocimiento de la verdadera personalidad del recién llegado. En efecto, por si alguien no lo ha adivinado, diremos que John K. Smith era el nombre utilizado por el famoso inventor español Pepín Sánchez del Río, varios años después del desastre de sus autómatas, y tras conseguir la nacionalidad norteamericana.

- Distinguidos señores – empezó John K. Smith su exposición –, no saben cuánto les agradezco la oportunidad que me brindan de poder presentarles al fin mi último invento. Un prototipo de robot que me he permitido bautizar con el nombre alegórico de NÉMESIS. Se trata de un androide capaz de impartir justicia acabando con la vida de los condenados a la pena capital, pero proporcionándoles la muerte más placentera. Imaginen ustedes a esos condenados en sus postreros momentos, gozando del éxtasis sexual más agudo e irresistible, y falleciendo por parada cardiaca en apenas dos o tres minutos. ¡No hay mejor manera de morir!... NÉMESIS, mi máquina sodomizadora, será aplicable tanto a hombres como a mujeres, por lo cual el Departamento de Justicia ahorrará bastante dinero de los contribuyentes.

El gobernador Richards quedó tan perplejo con lo que acababa de oír que no pudo articular palabra hasta pasados unos instantes. La idea de NÉMESIS le parecía absolutamente original e innovadora, incluso se le antojaba de una mayor humanidad y eficiencia que los otros métodos tradicionales de ejecución, tales como la horca, el fusilamiento, la cámara de gas… Sin embargo, existían ciertas dudas de índole ético que obligaron

al gobernador Richards a posponer la decisión definitiva.

- Caballeros, en un par de semanas conocerán ustedes lo que decido – les aseguró el gobernador –. Doy por finalizada la reunión. Buenas tardes a todos.

Y sólo tres días más tarde el gobernador Richards mantuvo en su despacho un discreto encuentro con los representantes de las principales confesiones religiosas de su Estado, y con miembros de varias organizaciones cívicas y culturales.

- Nadie habrá en todo este Estado de la Unión que defienda la pena de muerte con más ahínco que un servidor – afirmó solemnemente el portavoz de las iglesias evangélicas –. Pero la utilización de la sodomía en las ejecuciones resulta de lo más inmoral e inaceptable. Sería incluso preferible volver a los tiempos de la horca.

- El Vaticano condenará siempre el proyecto NÉMESIS – advirtió con rotundidad un obispo católico –. No vamos a consentir que ningún reo muera en ese pecado. Sería como matar su cuerpo, y al mismo tiempo condenar su alma.

- La moral y las buenas costumbres deben imperar por encima de todo, incluso a la hora de ejecutar a un condenado a muerte – adujo con férrea convicción la presidenta de Amas de Casa por la Moralidad Pública –. ¡En mi opinión, ese robot NÓMESIS, o como quiera que se llame, debería darle por el culo al tipo lo inventó!

En definitiva, ante tamañas objeciones, y aunque el gobernador Richards decidió pagarle a John K. Smith una buena cantidad de dólares por la patente de su autómata, el proyecto NÉMESIS quedó aparcado hasta un futuro más o menos incierto.

XIX

Catorce años con anginas y media Europa corrida prácticamente sin dejar su bufanda. Mucho tiempo, mucha fiebre, y muchos escenarios en su carrera de bailarina erótica. Resultaba difícil ganarse la existencia con aquellos bailes tan sensuales, con muy poca ropa casi siempre, e incluso sin ninguna. En más de una ocasión, para ahorrar presupuesto, llegó a bailar la danza de los siete velos tan sólo con tres. Hacía sus números con gran profesionalidad, y corría al camerino a taparse con su recio albornoz de lana y su inseparable bufanda de cachemir. Diríase que llevaba sin entrar en calor desde los diecisiete años. Por esas paradojas de la vida, ella, a quien tantos hombres habían desnudado aquí y allá, eligió por esposo al único espectador que le brindó su chaqueta cierta noche, en mitad de uno de sus números más atrevidos, cuando le atacó de repente

una tos incontrolable.

XX

Es el templo pagano de los extraños licores espirituosos. Y ella, la sin par sacerdotisa, te mira fijamente y sonríe divertida y mordaz. Una cascada de espuma humeante rebosa mi copa. La misteriosa pócima de la felicidad efímera está lista sobre la barra del bar. El efecto afrodisiaco de la cáscara de naranja y las semillas de enebro pronto acelerarán mis pulsaciones. Las mismas deidades de la alegría sin razón aparente, propician el olvido nebuloso que borra cualquier pena o tristeza… ¡Nada se puede comparar con esos ojos que se clavan en los míos!

XXI

- ¡Maldita sea…! ¡Nos han jodido bien!

El señor obispo leyó una vez más el título del expediente que sostenía en sus manos temblorosas: “Informe oficial de la comisión de expertos encargada del estudio de la momia de San Pantalicio”.

- ¡Esto pasa por fiarnos de esa puta gente de la universidad!... ¡Comisión de expertos…! ¡Así revienten todos…!

Su eminencia arrojó el malhadado expediente sobre su escritorio, y continuó maldiciendo y dándose a todos los demonios. Afortunadamente, el señor obispo se encontraba solo en su despacho y nadie fue testigo de aquel acceso de ira. Ira en cierto modo justificada. Más teniendo en cuenta que los restos momificados de San Pantalicio Abad atraían cada año a cientos de peregrinos de todas las latitudes. El maldito informe podía significar una verdadera ruina, no solamente para la vetusta catedral, sino para la ciudad entera. Pues el asunto no tenía vuelta de hoja: si fallaban los peregrinos, la comunidad perdería unos buenos ingresos.

San Pantalicio Abad vivió en el siglo X. Y según cuentan crónicas de la época, fue un hombre de intachable virtud, asceta y místico hasta la exageración, y pasó a la historia de la Iglesia como el Gran Confesor, por serlo de reyes y reinas, y de otros muchos representantes de la nobleza de su tiempo. Y justamente ese título de Gran Confesor era el que se tambalearía de manera inevitable en cuanto saliera a la luz pública el informe de los expertos.

- ¡Veinte meses de exhaustivos estudios y análisis de la momia, y llegan a la sorprendente conclusión de que San Pantalicio era sordo como una tapia…!

Preso de una rabia incontenible, el señor obispo lanzó tal puñetazo sobre el escritorio, que poco le faltó para lesionarse gravemente la mano derecha.

XXII

Noche de San Valentín. La mesa preparada con su vela amarilla encendida en el centro. Y una rosa roja adornando el plato de ella. Faltan cinco minutos para la diez. La cena está ya lista. Una botella del mejor champán francés se refresca en la cubitera. Todo tiene que quedar perfecto. Él se ha puesto su traje más elegante y la corbata que más le favorece. Echa una última ojeada a su reloj. Se acerca al aparato de música que aguarda en su discreto rincón. Toca una tecla y el disco elegido de antemano comienza a sonar. Brian Ferry canta: "Is your love strong enough?". Cierra los ojos, y comienza a bailar muy despacio siguiendo las notas tan cadenciosas. Resulta fácil dejar que vuele la imaginación hasta el punto de pensar que ella se estrecha contra su cuerpo, y bailan los dos muy juntos, muy abrazados.

Ya son las diez y debería sonar el timbre en cualquier momento. Pero él sabe perfectamente que nunca sonará. Ella no le pertenece. Quizás ahora mismo estará cenando con su esposo y ni recordará su nombre.

XXIII

Bastó una simple mirada para saber que nos deseábamos. Fue una de esas miradas ardientes e interminables, que te cautivan y te dejan casi hipnotizado. La pequeña chispa surgió a la vez en los dos, y ambos supimos desde el principio que sólo cabía un remedio para nuestra enfermedad. Y la noche se nos hizo muy corta, demasiado corta. Pero, ya se sabe, los amores fugaces se diluyen con la llegada del día.

XXIV

Corría el año 999 y el verano estaba en sus inicios. Según las gentes más supersticiosas, el fin del mundo iba a ocurrir en unos pocos meses. Paul de Grenoble tenía serias dudas, sin embargo. Él era uno más entre los monjes que habitaban la abadía de Cluny. Aparte de los rezos, la liturgia y la meditación que regían su orden, el hermano Paul desempeñaba también en la biblioteca del monasterio la muy delicada tarea de ilustrador de códices. Su relación con los libros y su amor por la lectura le habían abierto muchísimo la mente; pero, a la vez, las cosas que en su juventud le parecían tan diáfanas y ciertas, ahora en su edad madura, y tras haberse arruinado la vista con aquellos códices que iban pasando por sus manos, ya no las tenía tan claras. En realidad, su fe se estaba resquebrajando día a día, y la terrible sensación de un gradual

alejamiento de las verdades del Señor le mortificaba sobremanera.

Paul de Grenoble llevaba un tiempo con la idea de recorrer el Camino de Santiago. En su imaginación, le parecían admirables aquellos peregrinos dispuestos a tantas fatigas y penurias, y solamente con el propósito de poder arrodillarse y rezar ante la tumba del Apóstol en los confines del mundo. Quizás él mismo, al final de aquella peregrinación, pudiese alcanzar una nueva Verdad más sólida y duradera.

Un buen día, el hermano Paul tuvo finalmente el valor necesario para exponerle a su abad lo que tanto le atormentaba:

- Padre, dudo de todo y las certezas se me han desvanecido una a una. Quiero peregrinar a Compostela. Tal vez allí encuentre de nuevo mi paz espiritual perdida. Si como dicen muchos, el fin del mundo está ya al caer, tengo que darme mucha prisa para alcanzar esa meta.

El anciano abad, famoso en su tiempo por su benevolencia y su parquedad de palabra, se limitó a asentir con un leve movimiento de cabeza.

A principios de julio, Paul de Grenoble guardó el hábito de monje cluniacense en el viejo arcón que tenía en su austera celda, y se vistió con los pardos ropajes del peregrino. Emprendió la marcha en Vezelay, uno de los puntos de partida del Camino de Santiago francés. Pasaron los días, y a la altura de Mont de Marsan, a Paul cierta tarde le salió al encuentro un hombre con el rostro muy desfigurado y el andar torpe e inseguro.

El extraño le habló con la mayor humildad, intentando una difícil sonrisa:

- Hermano, sólo soy un pobre leproso. Vivo pudriéndome en una sucia cabaña en las afueras del pueblo. Reza por mí cuando llegues ante la tumba del Apóstol. Tal vez un milagro pueda sanar mis llagas.

Paul de Grenoble contempló al leproso un momento. No supo que decirle, y apretó el paso sin volver la vista atrás. Se sucedieron las etapas de su arduo peregrinaje, y otro día llegó a Pamplona.

Una joven famélica y desgreñada le paró en mitad de la noche y le dijo con voz casi imperceptible:

- Triste es mi oficio de ramera, hermano. ¡Y son tantos mis pecados…! Reza por mí cuando llegues al final del Camino. A lo mejor todavía puede alcanzarme el perdón del Señor.

Paul miró a la mujer en silencio y abandonó corriendo aquella oscura calle. Unas cuantas jornadas más tarde llegó a las cercanías de Burgos. En la puerta principal de un albergue para peregrinos, encontró a un viejo alto y delgado, con la mirada y el semblante propios de quien teme alguna

desgracia.

El viejo saludó a Paul con una ceremoniosa reverencia, y le habló atropelladamente, como si tuviese mucha prisa por algo:

- Buen peregrino, he escuchado por boca de mucha gente esos terribles rumores de que el fin del mundo se aproxima. Figúrate lo que esto significa para mi negocio. Soy un honrado cambista y también presto dinero, siempre a un interés muy razonable. Tengo muchos deudores… ¡Pero si el mundo se acaba no podrán pagarme lo que me deben! ¡Eso no es justo!... Si pudieras hacerme el favor de rezar por mis negocios cuando llegues a Compostela…

Paul de Grenoble permaneció callado durante varios segundos con aire de incredulidad, y finalmente soltó una sonora carcajada, que el anciano pareció no entender. Perplejo y muy fastidiado, el viejo loco se alejó de allí mascullando maldiciones. Al día siguiente, Paul prosiguió su andadura. Llegando a Carrión de los Condes, el fiel mayordomo de cierto noble señor de aquella localidad le salió al encuentro con la intención de invitarle a pasar la noche en la casa palaciega de su rico amo.

El anciano señor acogió a Paul con una hospitalidad digna de un rey. Y después de una espléndida cena, en tono muy amistoso le abrió su corazón:

- Mi buen amigo, yo no me creo esas patrañas de que el mundo vaya a desaparecer de un día para otro. Pero lo que sí creo a pies juntillas es que mi fin está muy cercano. Durante muchos años la guerra fue mi actividad natural y gustaba del olor de la sangre. Mi espada acabó con infinidad de vidas, tanto moras como cristianas. Nunca le guardé la debida fidelidad a mi santa esposa. Para ser sincero, jamás desaproveché ninguna oportunidad de gozar de cuantas mujeres se me pusieron al alcance. Llevo décadas enemistado con todos mis hermanos, y desprecio a mis propios hijos porque no disimulan su deseo de heredar mis bienes. Aunque reconozco que he hecho en mi vida bastantes méritos para que mi alma se queme en el Infierno, reza por mi salvación cuando te veas frente a la tumba del Apóstol Santiago.

Setenta jornadas habían transcurrido ya, y el mes de septiembre estaba en su tercera semana, cuando Paul, a falta de la última etapa, vio una fuente al lado del camino y unos grandes árboles en las cercanías, y tuvo la idea de descansar al menos por unas horas. Al ir a beber de la fuente de piedra, el monje peregrino contempló su figura reflejada en el agua. Y entonces lo entendió claramente: nadie escapa de sí mismo, y al final de todas las rutas posibles uno encuentra siempre aquello que pretendía dejar en el recuerdo.

XXV

CARNAVAL 2014

Se disfraza de sí mismo y nadie le reconoce.

Va de hombre invisible y luego se queja mucho de haber pasado desapercibido.

Se pone un traje de mujer fatal y consigue ligarse a su marido.

Rodolfo Valentino conquista a una guapísima María Antonieta. La relación acaba al despojarse ambos de sus disfraces.

Se disfraza de cardenal y el Ayuntamiento le multa por no haber sacado la licencia para echar bendiciones.

XXVI

Lo llamaré Desconocido, principalmente porque nadie nos ha presentado hasta la fecha, y ninguno de los dos se ha molestado nunca en preguntar el nombre del otro. Llevamos coincidiendo muchos viernes por la noche en el mismo bar, en los mismos taburetes, y siempre en el mismo sitio de la barra. ¡A los dos nos gusta la misma camarera! Aunque esto no lo admitiríamos así nos arrancarán las uñas de los pies a lo vivo. Por lo demás, la encantadora camarera nos dedica invariablemente una indiferencia tan gélida que nos desarma por completo. A la segunda copa, las lenguas se desatan, y comienzan las revelaciones más íntimas.

- Odio a mi mujer.

- Mi jefe es un mal nacido… ¡Cualquier día lo mato!

Ni confesionarios, ni sofás de psicólogos… Nada comparable con una barra de bar y un Desconocido que te escuche.

XXVII

¿Qué hacía Dios media hora antes del Big Bang? Si el tiempo surgió en el mismo instante de la Gran Explosión, ¿todos los momentos anteriores se pueden considerar como una especie de tiempo negativo? Nuestros instrumentos de observación miden datos de galaxias que quizá desaparecieron hace miles de millones de años. Pero ¿qué podemos saber de la actualidad del Universo? La ciencia tiene todavía muchísimos agujeros negros por esclarecer.

XXVIII

Era la discoteca de moda en la ciudad. Tere, que conocía a uno de los porteros, logró pasar al interior ahorrándose los euros de la entrada. Ella iba animada, quizá demasiado animada. Le encantaba el baile y se movía habitualmente con gran desenfreno y mucha sensualidad.

Tere le vio al instante y le pareció un chico guapísimo. La verdad es que no le dio ninguna importancia al hecho de que el joven fuese en una silla de ruedas. Se acercó a él con la mayor desenvoltura y le habló con su sonrisa más encantadora.

- Me llamo Tere. ¿Tú nombre es…?

- Paco – respondió el joven de la silla de ruedas.

- Encantada -. Y ella le dio un par de besos -. Me vuelve loca la música y el baile. A veces, y no te molestes, cuando veo a alguien como tú, que no puede bailar, esa noche me lanzo a la pista con mayor energía. Como si bailara por los dos. Hoy lo haré por ti y por mí. Ya verás; soy la reina de esta discoteca.

Paco le agradeció el detalle. Incluso pensó que debería invitarla a una copa. Pero antes le preguntó:

- Tere, puesto que tú vas a bailar por mí, ¿piensa en algo que yo pueda hacer para corresponderte?

- Hazme reír – le dijo ella -. No sé por qué, pero esta noche tengo muchas ganas de reír como una loca.

Y Tere, sin esperar a lo que pudiera decirle aquel chico guapísimo de la silla de ruedas, se fue hacia el centro de la pista moviéndose con una sensualidad endiablada al ritmo de la música que sonaba en ese momento. De pronto, ella sintió un golpecito en el hombro, volvió la cabeza… y casi se desmaya de la sorpresa.

- Bailamos, guapísima -. Era Paco, quien acababa de ceder la silla de ruedas a su verdadero dueño -. Mi amigo Alfredo ha tenido que ir al lavabo. Se mueve con cierta dificultad y la silla de rueda la utiliza para ir por la calle.

Al oír esto, Tere soltó una estruendosa carcajada.

XXIX

No diré yo que la inmensa mayoría de oficios y profesiones no pueda ser objeto de estudio y aprendizaje, y cualquiera, independientemente de sus

cualidades personales, pueda llegar a la maestría dentro de su gremio. Hay, sin embargo, unas pocas ocupaciones muy minoritarias y cada vez más raras, en las que prevalece el talento innato, cierta habilidad muy especial no adquirida. Pensemos en los curanderos, los alquimistas, y los mismos zahoríes… José Núñez Carvajal, empleado de banca de lunes a viernes, y muy bien considerado por sus jefes, todos los fines de semana se convierte en uno de los zahoríes españoles de mayor reputación. De hecho, de más joven, obtuvo un preciado diploma de radiestesista superior en la Universidad de Ciencias Alternativas de Podgorica, Montenegro. La sensibilidad de José, y su asombroso don para detectar cualquier influjo terrestre, tanto con la horquilla de avellano como con el péndulo, han merecido varios artículos en revistas especializadas internacionales.

- Los americanos están locos – suele decir el bueno de José –. ¡No necesitan enviar ningún satélite a trescientos kilómetros de altura para detectar un lago subterráneo! ¡O una bolsa de gas!... ¡Yo puedo hacer lo mismo a ras de suelo con mucho menos coste!

Y no exagera el eminente zahorí. Uno de sus logros más célebres ocurrió el último verano, en cierta aldea pirenaica. A causa de unos rumores que circulaban por el lugar desde antiguo, el dueño del enorme caserón contrató los servicios de José Núñez, con el pasmoso resultado, luego de un par de horas de manejo del péndulo, del hallazgo de una gran olla repleta de "perras gordas" de diez céntimos, oculta en el interior de un grueso muro.

- Sospecho que son los ahorros de toda una vida de mi tatarabuelo Constancio – adujo el dueño de la casa sin disimular su alegría –. ¡Hombre extremadamente avaro, al decir de muchos de sus contemporáneos…!

XXX

Loli siempre había tenido una rara tendencia. Se enamoraba inevitablemente de quien menos le convenía. Y eso, en una adolescente quinceañera, pudiera ser entendible. Pero a sus casi cuarenta años, y luego de múltiples tropiezos sentimentales, la verdad, la cosa era para preocupar. Ella pensaba que todo se debía a tener un corazón demasiado blando. Le perdían los hombres altos, fuertes, morenazos, y con su pizca de desvergüenza. Por el contrario, ni cortos de talla, ni rubios o pelirrojos, ni mucho menos tímidos de cualquier pelaje, podían albergar la menor esperanza de conquistarla.

- Las cosas del amor echan por tierra cualquier posible lógica – se repetía Loli a menudo –. ¡Qué le vamos a hacer!

Y lo cierto es que no se arrepentía de haber rechazado unos meses atrás la proposición matrimonial de un viudo madurillo, hombre serio y formal,

dueño de una conocida relojería del barrio, y con un patrimonio más que tentador. La brújula del querer prefirió apuntar hacia el que era de momento su último novio. Tipo alto y guapo, evidentemente. Lo malo es que le había conocido entre dos estancias en la cárcel: acabada su condena por robo en un bar, cinco semanas después fue detenido por atracar un garaje. Ahora, sin fallar ningún día de visita, Loli tomaba resignadamente el triste autobús que iba cada jueves hasta donde permanecía encerrado el actual inquilino de su corazón.

XXXI

Vivir cerca del palacio de La Aljafería te ofrece la increíble oportunidad de viajar al siglo XI sin más esfuerzo que cruzarte de acera. Por sólo treinta euros, en aquella ocasión se podía vivir una espléndida noche de verano entre los naranjos del patio de Santa Isabel, con un concierto de música clásica al aire libre. Mi silla estaba situada justo en el centro de la última fila, a escasos metros de los arcos de entrada al magnífico Salón Dorado. Me bastaba con volver la cabeza y regresar al instante a la Zaragoza medieval de la época musulmana.

El director de la orquesta movió levemente su batuta y dio comienzo la música. Rimsky-Korsakov para empezar el programa. Y por supuesto, la famosísima "Scheherazade". Se me ocurrió entonces que ningún escenario podía ser más adecuado que ese jardín de La Aljafería, para esta obra musical que transporta al oyente al mundo de "Las mil y una noches". Ahí estaba el solo de violín con el acompañamiento del arpa, el maravilloso tema de la protagonista. Oyendo tal melodía, la imaginación volaba fácilmente a Siria, Persia, o a la Bagdad del célebre Harún al-Rashid. Y con los ojos cerrados, hasta era posible fantasear con la hermosa Scheherazade danzando para su señor, el rey Schariar.

Inexplicablemente, en otro de esos momentos en que se repite el conocido solo de violín, un débil resplandor a mis espaladas me hizo girar la cabeza de manera instintiva. ¡Y entonces la vi…! Al fondo del Salón Dorado, bajo un halo de luz que parecía sobrenatural, ataviada al estilo de oriente con vaporosos encajes rojizos, y el rostro cubierto por un velo azul. Daba vueltas y más vueltas de puntillas sobre sus pies, siguiendo la interpretación de la orquesta. Mi perplejidad era absoluta y permanecí durante varios segundos como petrificado. Froté mis ojos con fuerza, y al abrirlos nuevamente la oscuridad se había engullido a la misteriosa danzarina.

Continuó la velada musical, pero yo no pude prestar ya ninguna atención a la orquesta. Creo que me quedé dormido un instante. Y en sueños se me apareció por segunda vez la misma joven que había visto bailar en el Salón Dorado. Ahora su bello rostro se mostraba sin ningún velo que lo cubriera, y la luz de su sonrisa me dejó totalmente hechizado. Esto fue lo que me dijo con una voz dulce y arrulladora: "No te asustes, amigo mío.

Por si quieres saber mi nombre, te diré que me llamo Marién. Igual que mi amiga Scheherazade, mi padre también servía al malvado rey Schariar. Yo iba justo después de ella en la lista de posibles esposas del monarca. Éste, en su feroz desconfianza de la fidelidad de todas las mujeres, se desposaba con una cada día, y a la mañana siguiente ordenaba que la decapitasen. Sólo la astuta Scheherazade logró entretenerle con sus historias maravillosas por espacio de mil y una noches. Y al final obtuvo su perdón, y el sanguinario Schariar apaciguó su carácter. Afortunadamente, ya ves, pude salvar mi cabeza. El destino me llevó hasta Damasco, y luego me condujo a Córdoba. Allí fui una de las innumerables concubinas de Abderramán III. Escapé del harén, y disfrazada de varón barbudo llegué a Zaragoza con unos mercaderes. El señor de La Aljafería pronto reparó en mis encantos. En vista de su interés por mi persona, al final acepté convertirme en su tercera mujer. Sin embargo, para mi desdicha, las dos primeras esposas me odiaron desde el principio. Se morían de celos por mi belleza y juventud. Y una noche, valiéndose de un criado fiel, envenenaron mi cena. Tal crimen les costó a los tres morir descuartizados. Mi esposo y señor me lloró durante más de veinte años, y nunca pudo olvidarme hasta el día de su fallecimiento… ¡Doce siglos lleva mi espíritu vagando por estos patios y estos salones de La Aljafería! ¡Y una vez cada cien años, siempre coincidiendo con alguna noche veraniega de plenilunio, me hago visible a los ojos de quien pasee por aquí a esas horas, y bailo para él la antigua danza aprendida en mi mocedad…!”

En este punto, alguien me dio unos golpecitos en el hombro, y abrí los ojos un tanto asustado. La orquesta y los espectadores habían desaparecido ya. Un empleado de los organizadores del concierto me miraba con expresión risueña.

- ¡Eh, amigo, tenemos que recoger las sillas…!

Asentí con la cabeza. Me levanté sin decir nada y me marché tranquilamente.

XXXII

Inclinándose un poco sobre el parapeto del puente, observó alarmado las negruzcas aguas del río. La corriente era muy fuerte, y a pesar de la noche cerrada, los reflejos de las farolas le permitían contemplar los remolinos y las pequeñas olas que se formaban bajo los ojos de aquel puente cargado de historia. Pensó en las horribles leyendas de sus pozos y simas, capaces de engullirse a todo un carro lleno de toneles de vino, con sus mulas y los mismos carreteros. Un intenso escalofrío recorrió su anatomía de la cabeza a los pies. Refrescaba una barbaridad e indudablemente la temperatura de aquellas turbias aguas tenía que ser bajísima. La idea de un suicida friolero le hizo sonreír con tristeza. Pues bien, lo haría vestido; aunque, eso sí, descalzándose. Más que nada por solventar el problema de la carta dirigida al juez. La guardaría dentro de

uno de sus zapatos. Eran apenas dos o tres líneas, en las que explicaba someramente las razones que le habían empujado a un final tan dramático: le aburría su vida, y todas las cosas carecían ya de significado para él. Lamentaba mucho y se disculpaba por las posibles molestias que pudiera ocasionar su suicidio.

- Al menos, el Sr. Juez notará que no hay faltas de ortografía.

En fin, el momento terrible había llegado. Sin zapatos, pero prefirió quedarse con los calcetines puestos. Antes de encaramarse al parapeto del puente, lanzó una última mirada a las turbulentas aguas del río. Y entonces le sobrevino aquella idea luminosa.

- ¿Por qué no esperar hasta que llegue el buen tiempo?... ¡Seguro que las condiciones del agua serán bastante más tentadoras que esta noche!

XXXIII

Existen los milagros. Ocurren muy de tarde en tarde. Pero a veces llegan en el momento justo; es decir, cuando uno más los precisa. El problema está en las consecuencias. A menudo resultan muy contrarias a lo deseado. Ahí tenemos el insólito ejemplo de Florencio Sánchez. La misma víspera del sorteo de Navidad del año 2006 se encontró en la calle un décimo de lotería. Florencio miró a su alrededor por si alguien se lo reclamaba, y en vista de que nadie lo hizo, guardó el número en su cartera y se alejó de allí calculando todo lo que podría hacer en caso de pillar uno de los premios gordos. Quizá don Evaristo, su jefe, le permitiera entrar como socio en CONFECCIONES LA CAPRICHOSA. Y a lo mejor sus posibilidades con Sarita, la niña mimada del mencionado comerciante, se verían con otra perspectiva más halagüeña. Supongo que todo el mundo habrá adivinado que Florencio trabajaba como dependiente en aquella conocida tienda de ropa… Y aunque parezca increíble, acertarán quienes hayan supuesto que la fortuna quiso sonreírle premiando con una porrada de euros aquel billete de lotería caído del cielo.

El milagro se consumó para desdicha de Florencio. De la noche a la mañana, se vio convertido en socio mayoritario de CONFECCIONES LA CAPRICHOSA. E incluso don Evaristo intrigó ante su hija para quitarle de la cabeza a un medio novio que tocaba el saxofón en cierta orquesta de bolos de verano, y no descansó hasta verla casada con el bueno de su socio… Sin embargo, poco tiempo después, aquel negocio de confecciones fue decayendo en sus ventas, y cada día iba acumulando mayores deudas, hasta llegar a la ruina total y al cierre definitivo. El infortunado Florencio Sánchez vive hoy acosado por una legión de acreedores. Y lo que es peor, su amada Sarita, en el fondo una mala persona que no le ha dado más que disgustos, acaba de fugarse a Venezuela con su antiguo novio

saxofonista.

XXXIV

Podrían ser quizá las cuatro y media. O digamos, para mayor exactitud, que era un instante inconcreto de la noche de un sábado cualquiera y la madrugada de un domingo como tantos otros. Juan volvía a casa con las solapas del abrigo subidas y las manos en los bolsillos. Caía un buen relente, y no le quedaban fuerzas ni para mirar la hora. Aunque, la verdad, esto último no le preocupaba gran cosa. Tenía ganas solamente de meterse en su cama y dormir a pierna suelta hasta mucho más allá del mediodía.

Juan caminaba a buen paso con la vista fija en el suelo. De pronto, algo le hizo levantar la cabeza, y quedó perplejo ante la inesperada visión que se ofrecía a sus ojos incrédulos: una pareja elegantísima paseaba tranquilamente unos metros por delante de él, como si fuesen las tres de la tarde de un domingo de verano, el hombre con un frac gris oscuro impecable y la mujer con un vestido rojo largo y muy escotado, circunstancia ésta que la obligaba a taparse los hombros con un chal de color indefinido. Por si esto no fuese poco, ella andaba descalza sosteniendo sus zapatos en una mano, sin importarle el frescor de la noche. La excéntrica pareja marchaba en la misma dirección que Juan. Y marido y mujer cuchicheaban entre sí y reían sin parar.

- ¡Los últimos supervivientes de alguna boda! – pensó Juan aminorando el paso –. ¡A estas horas deben de ir ya como cubas…!

Juan siguió a la extraña pareja un buen trecho del camino. Y justo cuando meditaba sobre la conveniencia de acelerar su marcha y dejar atrás a los dos alegres supervivientes, en la esquina de una de las bocacalles que iban pasando surgió de repente aquella fantasmal aparición. Juan dio un pequeño respigo, y no le faltó casi nada para venirse al suelo y darse un buen golpe.

- Perdona, cielo, si te he asustado –se disculpó la pobre mujer, de bastante edad, con una rara indumentaria, más esperpéntica que atrevida –. ¿Quieres pasarlo muy bien conmigo?

Juan negó con la cabeza, y apresuró su caminar. No tenía por qué explicar a nadie, y menos a esa vieja loca, que iba tan bebido que no podría pasarlo bien ni con la misma Scarlett Johansson.

XXXV

Siempre escogía alguna noche apacible de verano, una de esas noches con pocas nubes, luna lejana, y el firmamento repleto de estrellas. Resultaba muy divertido, aunque un tanto fatigoso, subir hasta la cumbre

de aquel cabezo, por un camino de tierra estrecho y difícil, sin otra luz que la de su pequeña linterna de mano. Por si acaso, como hombre previsor, nunca olvidaba meter en la mochila dos o tres paquetes de pilas nuevas. Llegado a lo más alto del cabezo, todavía tenía que trepar a una especie de atalaya rocosa, el mirador ideal creado por la propia naturaleza… Allí se sentaba con los pies colgando sobre el vacío. Desde aquella altura, y a media noche, la gran ciudad quedaba reducida a un mar de puntitos de luz que se perdían en el horizonte. Arriba, encima de su cabeza, cientos de estrellas dibujaban sus constelaciones, y emitían sus guiños sin sentido. Cuando uno se descubre como insignificante mota de polvo en el Universo, cualquier inquietud, cualquier pretensión vanidosa, carece ya de significado…

XXXVI

- Guapa, ¿te han dicho alguna vez que tienes un culo perfecto?

- Sí, me lo dicen todos los imbéciles que se fijan en mi trasero.

(Del libro de autoayuda “Sólo para hombres. El Arte de ligar”. Apartado: “Cosas que nunca deben decirse a ninguna mujer”.)

XXXVII

Mientras le cuchichea algo al oído, el joven y apuesto torero rodea con su brazo la cintura de Marilyn Monroe. Debe de ser algo muy gracioso, porque la estrella del celuloide suelta una gran carcajada y derrama sobre su propio vestido la mitad de la copa de champán. No pasa nada; una pequeña sacudida y listo… A todo esto, Napoleón Bonaparte, con aire serio e impasible, finge mirar con suma curiosidad uno de los cuadros que adornan las paredes del enorme salón; pero lo cierto es que no le interesa en absoluto el paisaje de la campiña británica, y muy disimuladamente lanza miraditas de reojo al exuberante escote de la reina Cleopatra. Desde luego, en este punto, Elena de Troya queda muy por detrás, como lo demuestra la curiosa actitud de su discreto acompañante, el cardenal Richelieu, a un paso de fastidiarse alguna vértebra del cuello de tanto girar la cabeza por encima del hombro. Charlot conversa animadamente con Frankenstein, al cual se le nota ya algo achispado, cosa rara en él, prominente bebedor, porque todavía va por su octavo whisky.

- Guapo, qué bien te sienta ese disfraz… - exclama Tina Turner, con ojos de fuego, y lista para saltar como una pantera sobre el interpelado.

- Por favor, señora, no se confunda usted; sólo soy un camarero.

XXXVIII

- Si me dices de qué color llevas las bragas, te pago una copa…

-Y si te digo que no llevo, ¿me invitas igual…?

(Del libro de autoayuda “Sólo para hombres. El Arte de ligar”. Apartado: “Cosas que nunca deben decirse a ninguna mujer”.)

XXXIX

Año 2609. La Corte Suprema de Justicia Lunar ha dictado sentencia. El teniente James Thomson y la sargento Mary Spencer han sido declarados culpables y su pena es la máxima que se puede aplicar en estos casos. No existe apelación posible. La nave patíbulo está lista en la rampa de lanzamiento esperándoles a los dos. Mañana al amanecer lunar, ambos condenados partirán hacia el espacio sin ningún rumbo definido, con provisiones y oxígeno solamente para una semana. Su tumba final serán las regiones desconocidas más allá del Sistema Solar. Los reos James Thomson y Mary Spencer fueron descubiertos una noche practicando sexo, y ellos mismos, en el juicio, confesaron estar enamorados. Desde hace casi trescientos años, con el descubrimiento de la droga de la felicidad absoluta, el amor y el sexo fueron proscritos por el Estado al considerar que se trataba de actividades bárbaras y peligrosas para la salud pública.

XL

- Es guapísima tu amiga… ¿Puedes presentármela?

- Primero preséntame tú a la puta de tu abuela…

(Del libro de autoayuda “Sólo para hombres. El Arte de ligar”. Apartado: “Cosas que nunca deben decirse a ninguna mujer”.)

XLI

Una noche, ella le dijo que podía quedarse a dormir. Y de eso han pasado ya unos cuantos años, y él todavía no ha vuelto a su casa. Incluso duda muchas veces de que siga teniendo domicilio propio. Aquella noche lo hicieron tan bien, con tanta pasión e intensidad, que ambos estuvieron de acuerdo en repetirlo. Y desde entonces lo han venido repitiendo en infinidad de ocasiones, y curiosamente nunca se hartan de jugar ese mismo juego. Ella y él saben de sobra que es infinito el número de besos que caben en dos cuerpos que se aman.

XLII

- Hola. Me recuerdas mucho a Angelina Jolie…

- Pues tú serías el mismo George Clooney de no ser por esa cara de tonto que tienes.

(Del libro de autoayuda "Sólo para hombres. El Arte de ligar". Apartado: "Cosas que nunca deben decirse a ninguna mujer".)

XLIII

En raras ocasiones Luis coincidía con ella esperando el ascensor. Pero si esto ocurría, como buenos vecinos, ambos se saludaban con mucha educación, intercambiaban ligeras sonrisas, y siempre había algún comentario sobre lo incierto que estaba el tiempo últimamente. Después, la pregunta por parte de Luis era obligada:

- ¿A qué piso vas?... Yo voy al último.

La encantadora vecina se quedaba en el séptimo… Y lo que ella nunca supo, ni llegó a sospechar, es que Luis, una vez llegado al último piso, salía del ascensor y bajaba corriendo por las escaleras hasta la primera planta, En realidad, era allí donde él vivía. Luis albergaba un sueño muy secreto e inconfesable: quedarse un buen día encerrado en el ascensor con la hermosa mujer del séptimo.

XLIV

- Sabes, hermosa, te conservas muy bien para la edad que creo que tienes…

- Pues yo a ti te encuentro bastante estropeado. Debe de ser que follas muy poco.

(Del libro de autoayuda "Sólo para hombres. El Arte de ligar". Apartado: "Cosas que nunca deben decirse a ninguna mujer".)

XLV

Primeros días de marzo. Franja de Gaza. La prensa internacional comenta un trágico incidente: unos chavales palestinos juegan al fútbol a escasos metros de la frontera con Israel. Alguien dispara desde una de las torres de vigilancia israelí, y el rebote de la bala hiere mortalmente a un muchacho de trece años.

Ese mismo día de marzo, un lamentable suceso conmueve a toda la opinión pública de Israel: en uno de los puestos de la muralla que separa en Gaza el territorio judío del palestino, un soldado israelí sufre un ataque de ansiedad y dispara repetidas veces contra su propio sargento; luego,

antes de ser detenido por otros miembros de su unidad, se suicida utilizando también su fusil reglamentario.

Desde su puesto en aquella torre de vigilancia, el soldado Ariel observaba tranquilamente con unos prismáticos las incidencias del curioso partido de fútbol que se disputaba en un triste descampado, doscientos metros más allá de la frontera. Un nutrido grupo de mozalbetes corrían detrás del balón sin ningún tipo de uniforme que hiciera distinguir a los jugadores de cada equipo. Al soldado Ariel, muy entusiasta del fútbol, le hubiese encantado participar también en aquel extraño zafarrancho deportivo.

- ¿Qué te apuestas a que le acierto al balón?

Ariel en un principio no entendió la pregunta del sargento David. Soltó los prismáticos y se quedó estupefacto mirando a su superior. Éste apuntaba su fusil con mira telescópica hacia el descampado donde jugaban los chavales. Retumbó el disparo.

- ¡Maldita sea!... ¡La he cagado bien! – se lamentó el sargento con el rostro demudado por la angustia y el horror.

Ariel volvió a mirar con sus prismáticos, y quedó absolutamente consternado al ver el cuerpo inmóvil de uno de los chiquillos sobre aquel triste campo de fútbol. El soldado Ariel, fuera de sí, y casi de modo inconsciente, agarró su arma reglamentaria, apuntó a su superior, y, sin que éste pudiera reaccionar, le disparó varias veces a bocajarro…

XLVI

El mismo día 1 de junio de 1967 pasó a la historia por dos acontecimientos dignos de mención que tuvieron lugar casi de manera simultánea: THE BEATLES publicaron su celebradísimo álbum “LA BANDA DEL CLUB DE CORAZONES SOLITARIOS DEL SARGENTO PIMIENTA”, y mi amigo Florián García del Pino, a sus veinte años, y bajo la influencia del espíritu de lo que luego se denominaría el verano del amor, decidió dejarse el pelo largo. Aunque la idea de peregrinar hasta San Francisco le rondó por la cabeza en más de una ocasión, por falta de recursos económicos tuvo que descartarla, y debió conformarse con viajar a Cambrils y trabajar de camarero en una marisquería de gran renombre en aquella zona de la Costa Dorada. Y así, el verano del amor, él lo vivió sirviendo espectaculares paellas, y practicando el sexo libre con unas cuantas turistas foráneas, y varias compañeras de trabajo muy antibelicistas.

Fue por entonces que Florián empezó a familiarizarse con la marihuana y el ácido lisérgico, abriendo la mente a dimensiones desconocidas, y permitiendo que su personalidad evolucionara en la misma medida que le crecía la melena. Siguió dentro del gremio hostelero hasta finales de los

años setenta, y justamente en la primavera de 1980 se le ocurrió embarcarse en lo que iba a ser el gran proyecto de su vida. Con otros tres socios, Florián adquirió un viejo motel de carretera, y lo remozó adecuadamente para convertirlo en el muy selecto club "Los Corazones Solitarios de LENNON & McCARTNEY". Las reglas que allí imperaban eran claras y sencillas: practica el respeto a todo el mundo, y nunca molestes a nadie; el amor siempre es libre, aunque no necesariamente gratis; olvida el malhumor, y date todos los caprichos que puedas pagarte; y piensa que en tu existencia sólo te arrepentirás de todo lo que no hayas hecho por falta de atrevimiento.

Como remate curioso a esta historia, únicamente añadiré que una alopecia prematura, quizá debida al abuso de los psicotrópicos, se llevó por delante aquella espléndida melena de mi amigo Florián a finales de los ochenta.

XLVII

"Entusiasmo. Esa es la palabra clave. Bien están los títulos, los diplomas, el dominio de lenguas extranjeras, la experiencia laboral anterior… Todo ello, por supuesto, se valora en su justa medida. Pero sin el entusiasmo necesario y un compromiso total con la empresa, no hay nada que hacer. Y ya no hablemos de la disponibilidad. He aquí otro dato a tener siempre muy en cuenta. Sí, Marcelino, su currículo nos ha parecido inmejorable para el puesto que usted va a desempeñar en nuestra compañía. Sin embargo, en confianza se lo digo, semejante currículo de poco serviría si usted no hubiese demostrado una cosa muy importante en la entrevista que pasó en nuestro departamento de personal: las ganas de trabajar con nosotros. En otros términos, su entusiasmo. Nuestra empresa es joven y cree en las posibilidades que brinda el futuro. Y ese futuro solamente se conquista si dispones de los mejores y más fieles empleados. Figúrese usted, Marcelino, la dificultad en el proceso de selección. ¡Quinientos aspirantes para un único puesto de trabajo!... Mi enhorabuena, Marcelino; usted es nuestro hombre. Antes he mencionado el concepto de disponibilidad, y por si le queda alguna duda quiero aclararle lo siguiente: cada negocio es un mundo distinto, y todo debe de ser flexible y adaptable a las circunstancias del momento. A veces la jornada de ocho horas se nos queda un poco corta, y no pasa nada si aportamos un esfuerzo añadido en bien de nuestra empresa, lo cual, en el fondo, significa nuestro propio bien. Tampoco le importe, amigo Marcelino, sacrificar algún fin de semana de vez en cuando. Yo mismo lo he hecho en más de una ocasión, y merece la pena. Todo sea en beneficio de este barco en el que navegamos un montón de personas… Un último consejo: no preste ninguna atención a la eterna cantinela sindical. Hablan siempre de sueldos miserables. ¡Bah, pura demagogia…! La política laboral de esta entidad ha sido desde nuestros comienzos muy clara: mejor dos trabajadores cobrando 500 euros, que uno solo llevándose los 1000, y dejando a otro en la calle… Nunca hay que olvidar nuestro compromiso

con la sociedad que nos rodea. A eso le llamo yo ética empresarial. ¿Está usted de acuerdo conmigo, Marcelino?”.

XLVIII

Primero fue una tostadora de pan avanzada (las tostadas salían ya con su mantequilla y su mermelada perfectamente extendidas por una o por las dos caras del pan de molde). Después unos guantes con termostato (ideales en invierno para llevar calientes las manos a la temperatura deseada). Luego un asombroso rodillo de pintor con mango regulable (por mucha altura que tuvieran techos y paredes, no se necesitaba ninguna escalera, pues el mango podía alargarse varios metros automáticamente)… En aquella casa de patentes, incluso a pesar del sonado fracaso de sus cerillas reutilizables, nuestro moderno Edison estaba considerado como uno de los más insignes inventores españoles de la actualidad. Lo cual no significaba que sus grandes inventos tuviesen una salida fácil al mercado. Lo cierto es que hasta entonces no habían tenido en la práctica ningún éxito comercial.

Pero esta realidad negativa se hallaba a punto de cambiar del todo gracias a una última invención – que me atrevería a equiparar a la de la pólvora, la imprenta, o el papel higiénico –: el micrófono de la verdad. Provisto de unos sensores delicadísimos que analizaban sistemáticamente las inflexiones de la voz humana, tal aparato era capaz de detectar las mentiras y falsedades introducidas en su discurso por cualquier orador. Nadie podría ya hablar en público y engañar a su auditorio, puesto que en ese caso el increíble micrófono lanzaría unos chirridos muy molestos.

Nuestro Edison español llegó puntual y lleno de entusiasmo a la cita que tenía aquella mañana con el director de la casa de patentes.

- Al fin, amigo mío, uno de sus inventos le va a sacar de apuros para toda su vida – profirió el director de la casa de patentes con su mejor sonrisa–. ¡Tengo para usted una oferta… nada menos que de un millón de euros! ¡Agárrese!... Ciertas personas del mundo de la política desean comprarle ese último invento suyo tan fantástico. Naturalmente usted deberá renunciar a cualquier derecho sobre el micrófono de la verdad. Sus compradores lo ven extremadamente peligroso y piensan que la opinión pública no debe enterarse de su existencia.

XLIX

Hacía apenas un mes de la publicación de su última obra. El título resultaba más que significativo: “Historia del conocimiento humano. Errores de apreciación”. Un auditorio expectante, que abarrotaba el salón de actos de nuestra universidad, aguardaba la aparición del eminente profesor García Muñoz, recién llegado de los Estados Unidos. Como ya muchos habrán adivinado por sus apellidos, el famoso conferenciante era

español de nacimiento, pero de nacionalidad norteamericana. El profesor García Muñoz brillaba internacionalmente en el campo de las Humanidades, y sus libros se habían traducido a muchos idiomas.

Tras los saludos y preámbulos de rigor, el ilustre conferenciante empezó su discurso con una afirmación de lo más inesperada: "…Los fantasmas existen, señoras y caballeros. Sí; ya lo creo que existen… Y para demostrárselo, me van a permitir que les cuente cierta anécdota personal ocurrida en mis años mozos, en mis tiempos de estudiante de Filosofía y Letras. Por aquel entonces, yo frecuentaba una biblioteca muy próxima a mi domicilio. Casi siempre ocupaba la misma mesa, junto a una de las ventanas de la amplia sala de lectura. Esa ventana daba a una calle más bien estrecha, y en el lado de enfrente había un edificio de fachada gris con muchos balcones y miradores encortinados. Un buen día, no sé por qué motivo, levanté la vista del libro que estaba leyendo, y miré por el ventanal hacia uno de aquellos miradores que tenía frente a mí. Me sorprendió notar que un visillo se corría levemente y entreví una silueta que parecía observarme detrás del cristal. Aunque no le di importancia en ese momento, el asunto empezó a inquietarme cuando en los días sucesivos comprobé que se repetía a menudo la extraña vigilancia, por llamarla de alguna manera. Hasta llegué a pensar que quizá se trataba de una joven y guapa admiradora; a quien tal vez yo le gustaba por esos raros caprichos del amor, y se complacía espiándome un tanto ingenuamente. La hipotética admiradora, siempre acechando detrás de los visillos de su mirador, llegó a obsesionarme hasta el punto de que no me podía concentrar ya en ninguna lectura, pues yo también perdía las horas mirando constantemente por la ventana hacia el misterioso balcón. Decidido por fin a salir de dudas, me personé una tarde en el portal del edificio de fachada gris, y tuve la suerte de poder interrogar al conserje de aquella casa. La verdad es que me dejó del todo perplejo cuando me informó de que no estaba habitado el piso que caía enfrente de mi ventana de la biblioteca. Incluso me contó que llevaba mucho tiempo puesto en alquiler. Yo pregunté al amable conserje si me lo podía enseñar, y él no tuvo ningún inconveniente en mostrármelo. Y pronto se aclaró el intrigante misterio: el aire se colaba por una pequeña rendija abierta en aquel mirador, y cada ráfaga de viento hacía que se movieran los visillos. Presumiblemente la supuesta silueta que yo creí entrever, no sería sino un mero reflejo ocasionado por la luz de media tarde… Sí, señoras y caballeros, los fantasmas existen; pero sólo en nuestra imaginación.

La historia del conocimiento humano no es otra cosa que la historia de múltiples errores de apreciación. Digamos que la ciencia ha ido avanzando a base de abundantes tropezones, y dependiendo siempre de los instrumentos de observación disponibles en cada época."

L

Atónito y como petrificado, Antolín permaneció varios minutos contemplándose en el espejo del lavabo. Le parecía de lo más chocante que aquello fuese real. Acababa de afeitarse. Y pensó que tal vez la espuma que había utilizado estuviese caducada. Para salir de dudas, leyó detenidamente la etiqueta del tubo de gel cremoso… ¡Y no! Por ese lado no cabía sospechar ninguna anomalía. Pero entonces… ¿cómo era posible que la cara que veía ahora reflejada en el espejo, después de su afeitado, ya no fuera la suya propia? Era el rostro de un individuo absolutamente desconocido para él… Antolín se frotó los ojos con sumo ahínco; y por fin, el extraño desapareció poco a poco de su vista y todo volvió a la normalidad. Antolín respiró tranquilo reconociéndose en el tipo que le sonreía al otro lado del espejo. Sin embargo, su alegría sólo duró hasta el día siguiente, pues el insólito hecho se repitió de nuevo mientras terminaba su afeitado de cada mañana: el espejo le mostraba una cara distinta a la de la víspera, pero desde luego de alguien que él no conocía en absoluto… ¡Y tan rarísimo caso viene repitiéndose jornada tras jornada siempre que Antolín se afeita! ¡En una ocasión, incluso él creyó descubrir el rostro de Robert Redford sonriéndole amistosamente desde el cristal del lavabo!... Su psicóloga, después de unas cuantas sesiones de terapia, le ha aconsejado que o bien cambie de espejo, o bien se deje crecer la barba.

LI

Verano del 2013. Las vueltas que da el destino. Puede afirmarse que uno al fin ha visto la luz. Yo, que únicamente me trataba con mujeres de vida más o menos alegre, estoy a punto de casarme con una catequista. Sí, señores; incluso debo admitir que escondía mi nueva relación a muchas de mis amistades, temeroso de que pudieran reírse de mí, o hasta retirarme el saludo. Pero la vida es como es, y tienes delante a la reina del “strip-tease”, y te vas a fijar en alguien de aspecto monjil, y tan virtuosa que ayuna todos los viernes del año, y tiene prometido mantener su condición de doncella hasta después de su boda católica. Esto último, la verdad, me produce cierto morbo. ¡Por una vez, y en materia de mujeres, voy a ser el primero!

Primavera del 2014. Mi esposa es una harpía. ¡Cuánto echo de menos a todas mis amigas de los buenos tiempos!

LII

Se arroja por una ventana a un patio de luces… y aplasta un macetero con geranios, se lleva por delante varios tendedores con ropa puesta a secar, mata a un gato, rompe el cristal de una claraboya, destroza el capó de un todoterreno… ¡y sólo se rompe una pierna! Sus únicas palabras en la ambulancia que le conducía al hospital, fueron: “Para una vez que tengo

suerte en mi vida, ¡acabo en Urgencias…!”.

LIII

“¡Oh, él es mi hombre…! ¡Qué bien me ama todas las noches! ¡Y cómo me olvida cada mañana!... A veces me insulta, me maltrata, me pega, pero… ¡ay, Dios, cómo me besa!”.

En cada función, Clarita entona ese estribillo poniendo el mayor sentimiento; y lo cierto es que más de uno de los habituales clientes del cabaret “MONTMARTRE” tiene que sorberse la nariz con disimulo, y hacer un enorme esfuerzo para no derramar alguna lagrimilla. Clarita, con sus negras medias de malla, su minúscula faldita de lentejuelas, el corpiño rojo muy ajustado, y el larguísimo echarpe azul que apenas le cubre un escote de lo más seductor, enamora cada día a todo hombre que presencia su actuación en ese coqueto escenario.

Cierta noche, un cliente pueblerino se emocionó tanto y se tomó tan a pecho la letra de la canción de Clarita, que se levantó de su asiento, y en medio de la oscuridad del local, gritó:

- Clarita, ese hombre no te conviene… ¡Abandónalo! Tú te mereces alguien mucho mejor.

Toda la sala rio la ocurrencia y se organizó un pequeño alboroto. Sin embargo, la artista, con suma profesionalidad, improvisó muy acertadamente y consiguió finalizar su número de la mejor manera posible. Por lo demás, hay que añadir que la sin par Clarita, estrella del cabaret, es una excelente madre de familia numerosa, y su esposo en la vida real la mima y la quiere con locura.

LIV

Podríamos denominarlo fijaciones sexuales raras.

Ejemplo nº. 1. A un amigo mío únicamente le gustan las pelirrojas. Como en este país no abundan las muchachas con ese color de pelo, para no continuar siendo virgen a sus veinte años, tuvo que conformarse con una morenaza de buen corazón, siempre dispuesta a ayudar a cualquier miembro de la pandilla.

Solventado el asunto de la virginidad, mi buen amigo hizo un solemne juramento:

- ¡Una vez… y basta!... ¡La próxima será con una pelirroja… o me hago cartujo!

Como esta segunda alternativa no acabó de convencerle, al final mi amigo tuvo que emigrar a la verde Irlanda. Y en la actualidad él es un hombre feliz, y no deja de enviarme fotos de chicas pelirrojas.

Ejemplo nº. 2. Es posible que nadie haya oído hablar de "Trini y los Ruidosos". A mi parecer, el mejor grupo de "rock' n roll" en bastantes leguas a la redonda, aunque les pese a muchas emisoras de radio que les hacen el vacío, o a las casas discográficas que les niegan el pan y la sal. Trini Muro, vocalista del grupo, es un encanto de mujer y posee una garganta asombrosa. Pero su problema es que todos los baterías le parecen irresistibles y siempre acaba liándose con ellos. Trini es tan apasionada que, digámoslo rotundamente, puede devorar a cualquier percusionista en dos o tres meses. Luego sobreviene la inevitable ruptura sentimental, y el posterior abandono del grupo por parte del amante despechado. Trece baterías han tenido ya "Trini y los Ruidosos" en tan sólo cinco años de carrera. ¡Un record casi histórico!

LV

Más fijaciones sexuales raras.

Hay personas adictas al café, al tabaco, e incluso a la coca-cola. Normal. Pero que no puedan pasar ni un día sin visitar algún centro del Corte Inglés, es algo que choca bastante. Pensarán algunos que se trata de las perniciosas consecuencias del consumismo más desaforado. Y se equivocan totalmente. Al menos en lo que concierne a mi vecino Jacobo. Puedo afirmar que son rarísimas las ocasiones en que él llega a comprar algo en esos famosos centros comerciales. ¿A qué se debe entonces tan inaudita asiduidad a los establecimientos del Corte Inglés?... Sí, a eso mismo que están ustedes pensando: ¡a sus guapas dependientas!... Si quieren, llámenlo perversión. El alma humana esconde grandes secretos y muy oscuras cavidades. Ninguna mujer ha conseguido nunca excitar al pobre Jacobo; solamente las chicas del Corte Inglés. El extraño fenómeno se repite una y otra vez, y lo mismo preguntando por una lujosísima pluma de punta de oro, por unas zapatillas deportivas, un ordenador portátil, o la colonia varonil más refrescante del mercado.

- Esta fragancia es ideal para el verano – puede aconsejarle la amable dependienta.

Y el infortunado Jacobo apenas si escucha tales palabras, pues su único cuidado es evitar que se le note una descomunal erección. Aparte de este último hecho curioso, mi vecino muestra siempre un comportamiento absolutamente digno e intachable. Digamos que su pasión platónica por las trabajadoras del Cortés Inglés resulta del todo inofensiva.

LVI

Le despertó el timbre de su móvil. Sobresaltado, Alberto encendió la lámpara de la mesilla de noche y echó una rápida ojeada al despertador. ¡Las siete de la mañana! Agarró el teléfono de malhumor y pulsó el botón para contestar la llamada.

- Buenos días, Alberto – esa voz era completamente desconocida para el interpelado.

- ¿Quién eres?

- Tranquilo. No nos conocemos. La Organización ha acordado que debes morir, puesto que representas un peligro para todos.

- ¡Peligro!... ¿Pero de qué me estás hablando?

- Yo simplemente te he avisado. ¡Me debes un favor!

En este punto, el desconocido dio por finalizada la llamada y Alberto se quedó con la palabra en la boca. Mentalmente maldijo al idiota que le había despertado con aquella bromita pesada.

- ¡El muy cabrón podía haber despertado a su puta madre! – añadió Alberto en voz alta, como hablando consigo mismo. Y aún se puso de peor humor al considerar que la estúpida llamada le había privado de dormir media hora más, pues de lunes a viernes él acostumbraba despertarse a las siete y media para ir a su trabajo en un almacén de materiales de decoración.

Alberto saltó de la cama y se dirigió al cuarto de baño con paso cansino. ¡Nada como una ducha fría para despejarse por la mañana! Casi había ya terminado cuando le sobresaltó el ruido de la puerta del baño abriéndose de golpe. Al correr la mampara de la ducha, Alberto quedó paralizado por el terror. Un individuo, cuyo rostro ocultaba un negro pasamontañas, le apuntaba con una pistola y se disponía a apretar el gatillo.

Sonó el estruendo del disparo… y Alberto se despertó gritando en medio de la oscuridad de su habitación. Rápidamente encendió la lámpara de su mesilla de noche. Miró a su alrededor. Y todavía un poco aturdido por la espantosa pesadilla, resopló con infinito alivio. Podía quedarse aún media hora más en la cama.

Pero cuando Alberto se disponía a apagar la luz… ¡sonó el timbre de su móvil!

LVII

Estaban sentados en uno de los bancos del parque. Los dos permanecían en silencio. La tarde era muy gris y destemplada. Pero el fresco reinante no les preocupaba en absoluto. Ambos se preguntaban en qué se habían equivocado, sintiéndose culpables y buscando las palabras adecuadas para pedir perdón. A lo mejor todavía quedaba una última oportunidad… ¡Sólo tenían que romper el silencio! Sin embargo, ninguno de los dos quiso ser el primero en hablar. Al final de la tarde marchó cada uno en direcciones opuestas. Por un segundo, y casi al mismo tiempo, ambos pensaron lo mismo: si los dos se volvían a la vez, y se miraban de nuevo a través de esas lágrimas que no conseguían detener, quizá todo tendría aún arreglo… Pasó ese segundo, y ninguno de los dos tuvo el valor suficiente.

LVIII

La descubrí una mañana de domingo columpiándose en el parque bajo la lluvia. Era como una niña grande en aquel columpio que chirriaba a cada subida y bajada. Sonreía tan alegre, con los ojos cerrados, sin importarle los goterones que resbalaban por sus mejillas y empapaban sus cabellos castaños. Pensé entonces que debía de sentirse absolutamente hermosa y feliz. ¡Eso es normal cuando se tienen veinte y pocos años, y resulta fácil, muy fácil enamorarse!

LIX

- Me ha dado una patada en la espinilla. Tú lo has visto… ¡La muy bestia! ¡Y luego se disculpa…!

- Habrá sido sin querer. Seguro…

- ¿Seguro?... Pero si yo creo que hasta ha cogido carrerilla para atizarme más fuerte… No, Ricardo; no ha sido una buena idea el sacarla a bailar. No sé qué indicios o señales habrás notado tú para afirmar tan rotundamente que esa chica se moría de ganas de marcarse unos pasos conmigo. Desde luego su mirada cuando me he acercado a ella no demostraba ningún entusiasmo. Le he tenido que repetir varias veces lo del baile, y ella toda seria y callada… ¡Sólo cuando la he arrastrado de la mano ha hecho una especie de mohín con la boca, y entre dientes ha dicho algo que no he entendido con claridad! ¡Y mientras bailábamos, la muy taimada miraba para el suelo, para el techo, a la izquierda, a la derecha…, y ni una sola vez a mí! Por eso, en un momento en que nuestras caras estaban más próximas, no he podido aguantarme y le he soplado en un ojo… ¡Entonces me ha arreado la patada!

A Ricardo le encantaba ejercer el papel de Celestino. Siempre se desvivía por emparejar a todas sus amistades. En la mayoría de ocasiones, por

desgracia, con muy poco acierto.

LX

Solamente en una oportunidad Ricardo tuvo éxito en esas funciones celestinescas. Fue un poco de rebote, una especie de carambola afortunada; pero todo cuenta, al fin y al cabo. Su amiga Marta le confesó cierto día que le gustaba muchísimo determinada persona.

- ¿Mi primo Luis? – se extrañó Ricardo –. No lo entiendo; ayer mismo dijiste que te parecía un memo.

- Algo memo sí que es. Pero se le puede perdonar… ¡Está como un camión! Ayer me enojé con él porque no me dedica el menor interés. Sin embargo, ya se me ha pasado.

- Las mujeres no sois nada coherentes.

Dicho esto, Ricardo meditó durante un buen rato alguna estrategia para conseguir que su primo Luis se fijara en la pizpireta Marta. De pronto, se le ocurrió un buen plan: organizaría una cena en su casa con Luis, Marta, cualquier amiga de ésta, y él mismo como anfitrión. Además de ayudar a unas excelentes personas, Ricardo podría lucir también sus habilidades culinarias.

- Es Mariví, mi mejor amiga – la presentó Marta, muy contenta por la perspectiva de una velada tan prometedora. No obstante, esa alegría se le esfumó en un santiamén al observar el efecto que la tal Mariví había causado en el primo de Ricardo. ¡Aquellos ojos como platos le daban muy mala espina!

Por su parte, el celestinesco anfitrión reparó al instante que la amiga de Marta había sufrido una especie de fascinación repentina difícil de explicar. El mundo entero ya no existía para ella; sólo Luis, Luis, Luis…

En lo gastronómico, para fastidio de Ricardo, la cena fue un desastre total; ninguno de los cuatro probó casi bocado, y nadie tuvo el menor elogio para el cocinero. En lo sentimental, Luis y Mariví se marcharon juntos aquella noche, y un año después eran ya marido y mujer. Marta jamás volvió a dirigirle la palabra a Ricardo.

LXI

Llegaron de improviso a la pequeña aldea de una olvidada región más allá de los Urales. Eran hombres de rostro impasible y mirada de acero. Vestían el uniforme de representantes del gobierno central. A Dimitri y a otros jóvenes de lugar les explicaron que la Sagrada Patria les necesitaba, puesto que corría un serio peligro ante el empuje de los malvados

invasores.

- Mi mujer está embarazada de nuestro primer hijo, y también me necesita – intentó explicarles Dimitri.

Pero los funcionarios estatales no admitieron ninguna excusa. Su jefe lo dejó bien claro al instante:

- Quien se niegue a venir con nosotros demostrará que es un traidor a la Patria y será ejecutado en el acto sin el menor miramiento.

Aquella terrible amenaza selló de raíz todas las bocas. Y a Dimitri y a los otros muchachos no les quedó otro remedio que partir a la guerra…

…1943 acababa de comenzar. Un fino manto de sucia nieve cubría el cuerpo sin vida de Dimitri en las afueras de la destruida ciudad de Stalingrado. En uno de los bolsillos del uniforme guardaba la última carta escrita a su mujer, y una hoja de cuaderno, manchada y arrugada, con una copia del famoso poema de Kostantín Simonov: "Si me esperas, volveré…"

LXII

"…Una guitarra más o menos afinada, la voz pasable y esa pizca de inspiración necesaria…, no hay otro secreto, amigo periodista. Lo del éxito es otra cosa. ¡Consiste en vender tu arte y tu libertad por unas cuantas monedas de plata!... Pero si lo que buscas es dar con la canción perfecta, le aseguro a usted que el dinero no es el camino adecuado. A lo mejor no me expreso bien; es la primera entrevista que me hacen en tantos años de músico de la calle. Puede ver, compañero, estas greñas que adornan mi cabeza, sin más peine para domarlas que el puto viento de esta ciudad; en cuanto a mi barba descuidada, y a mi desaliño indumentario, ya puede hacerse una idea de que los que no tenemos domicilio fijo nos vemos forzados a prescindir de ciertos lujos. Sin embargo, siempre queda la poesía y la música, las dos artes más sublimes. Únalas usted, y tendrá una canción. Con mis años de experiencia por esas esquinas, esas plazas, o esos parques, no me cuesta mucho adivinar la canción que precisa cada persona en cada momento… ¡Y no hay mayor gozo para cualquier artista que ver la expresión agradecida de quien arroja unas monedas en tu platillo!"

LXIII

El culo más perfecto de cine español. Cerca de veinte años con Pirandello, Ibsen, Brecht, Shakespeare, Calderón, Lorca…, infinidad de teatros pateados, y toda su gloria de actor a la postre se había debido a una secuencia de medio minuto en una horrorosa película de temática homosexual, sin ningún diálogo, y en la que Matías interpretaba con

enorme realismo a tipo recién duchado – y por lo que parecía sin una mala toalla a su alcance –, que caminaba lentamente por un largo pasillo, chorreando agua y enseñando unas posaderas dignas de ser esculpidas por el mismo Mirón, o por cualquiera de sus colegas de la Atenas clásica. Durante sólo tres segundos la cámara mostraba el rostro de Matías, y eso en un plano de perfil. Pero, lo que son las cosas, la crítica ensalzó con gran entusiasmo su culo desnudo, y ahí se inició su leyenda de mito erótico varonil… En un primer momento, a Matías le costó superar ciertos prejuicios intelectuales, una especie de mala conciencia por lo que suponía traicionar al buen teatro y a la profesión de actor. Finalmente, sin embargo, sus escrúpulos fueron cediendo a la vez que aumentaban sus ingresos por película.

LXIV

Avelino jamás ha derrochado excesiva imaginación. Precisamente esta circunstancia fue la que me indujo a pensar que a lo mejor era cierta, en todo o en parte, una historia tan inverosímil como la que nos contó a un grupo de amigos hará cosa de un mes. Lo que nos reveló el bueno de Avelino, y que tanta perplejidad causó en nosotros, guardaba relación con un acontecimiento trágico ocurrido a finales del año pasado. Se podría denominar un homicidio por error, un caso de auténtica mala suerte. El criminal confundió a su víctima en la oscuridad de la noche, y aquel hombre aún en la plenitud de su vida quedó tendido sobre la acera, en medio de un charco de sangre, junto a la valla que delimitaba la solitaria calle y los solares abandonados de la antigua estación del ferrocarril. La policía detuvo a las pocas horas al autor del mortal apuñalamiento, y éste confesó su fatídica equivocación.

Desde entonces, para asombro de todas las personas que pasan por ese lugar, nunca han faltado ramos de flores y cintas de papel con escritos recordatorios, puestos en esa valla metálica por amigos y familiares, justo a la altura de donde murió el infortunado joven.

Avelino, que además de sujeto con poca imaginación, es también un tipo algo sentimental, nos explicó que se emocionó bastante al leer la dedicatoria de una de las cintas de papel: “Raúl, no olvidaremos nunca tu hermosa sonrisa…”.

- Os confieso que no pude reprimir una lagrimilla – admitió Avelino con el semblante muy apesadumbrado –. La fatalidad siempre llega cuando uno menos se lo imagina. ¡Lo sucedido al tal Raúl, te puede ocurrir a ti en cualquier momento!... En todo esto pensaba yo, y al querer alejarme de allí, casi tropiezo con un desconocido que estaba a mis espaldas admirando también todas aquellas curiosas ofrendas funerarias. El joven ni se inmutó. Apartándose un poco, sonrió muy simpático y me habló afablemente: “Se nota a la legua que eres una gran persona y que las desdichas ajenas te entristecen de verdad. Hay algunos que pasan por

aquí y se quedan mirando sin entender nada. Ellos no ven ningún sentido en esas flores, ni en los mensajes escritos con tanto afecto y dolor… ¿Comprendes por qué no puedo apartarme de este sitio?” Negué con la cabeza; lo cierto es que no entendí a qué se refería él. Quise preguntárselo, pero de pronto el desconocido había dejado de mirarme, y toda su atención era para las flores y los escritos que colgaban de la valla de hierro. Proseguí mi camino sin decir nada. Y todo el asunto hubiera terminado aquí de no ser por la casualidad que me hizo pasar de nuevo por la misma calle varios días después. En esta ocasión mi propósito era no detenerme en aquel punto luctuoso marcado por la tragedia. Sin embargo, para mi asombro, al llegar junto a los ramos de claveles que seguían colgando de los sucios barrotes de hierro, alguien me llamó por mi nombre, y al volverme casi asustado vi al mismo joven de la otra vez. Lo más chocante es que no recuerdo haberle dicho en ningún momento cómo me llamo yo. “Hola, amigo mío. Ya ves; continúo en mi puesto. Siempre fui persona agradecida. Debo seguir en este lugar; y dentro de lo posible, ofrecer algún mínimo consuelo a quienes demuestran día a día con sus humildes ofrendas que vivo aún en su memoria. Es como si les soplara al oído unas palabras de sincera gratitud. Al menos mantengo la ilusión de que a todos les llegan muy adentro. Cuando esas flores se hayan secado y ya nadie las reponga, y cuando el tiempo borre al fin todos los mensajes de mis buenos amigos, entonces será el momento de partir, la hora de perderse en el olvido, en la nada…” Y dicho esto, el fantasma desapareció de mi vista. Lo llamo fantasma porque no se me ocurre otro modo de referirme a alguien que se difumina en un segundo delante de tus propios ojos.

Así concluyó Avelino su inaudita revelación, y todos nosotros nos miramos en silencio sin acabar de creérnosla.

LXV

Alexander Kovalsky, nacido en Varsovia, pero norteamericano de adopción, era uno de los investigadores más eminentes de la Agencia Internacional de Futurología Científica, patrocinada por la ONU, y autor de dos célebres y polémicos ensayos “El azar no existe” y “La casualidad es predecible”, traducidos a multitud de idiomas, y origen de infinidad de controversias entre sabios y estudiosos de todo el mundo. Kovalsky comenzaba su libro “El azar no existe” con esta rotunda y sorprendente afirmación: “Utilizamos el término azar para referirnos a lo que no hemos sabido predecir, entre otras cosa por simple pereza intelectual. Sin embargo, lo cierto es que todo lo que ocurre, sucede por una concatenación de hechos en su mayoría previsibles, cuyo estudio minucioso nos puede anticipar sin el menor error aquello que va a acontecer de manera inevitable.”

Alexander Kovalski paradójicamente murió sin enterarse de la fatal concatenación de errores mecánicos que precipitaron su Boeing 777 al

fondo del océano Atlántico.

LXVI

Su último beso le quemaba todavía en los labios. Desde luego, no había sido tan dulce como el que se dieron por vez primera aquella tarde de noviembre, refugiados de la lluvia en la marquesina de una parada de autobús. En realidad, aquel último beso a Isabel le había parecido demasiado amargo, demasiado doloroso. ¡Un beso de despedida! Ambos habían cumplido la promesa que se hicieron en el primer momento de no utilizar nunca la palabra amor. Y el suyo fue un amor sin palabras vanas, en el que sólo tenían significado los silencios, las miradas, los besos y las caricias… En el instante de la despedida, los dos se pusieron de acuerdo para no pronunciar la palabra "adiós". Bastaba con ese último beso con sabor a final, a separación irremediable.

LXVII

Un periódico local presentó la noticia con estos titulares: "Detenido por la policía un vil seductor informático. Se hacía pasar por un experto en bailes de salón, de nacionalidad argentina, y utilizaba el nombre falso de Carlitos Gardel. Una veintena de mujeres le han denunciado acusándole de embaucador sentimental."

- Señor juez, acepto lo de seductor informático – reconoció el acusado, electricista de profesión, y cuyo nombre en realidad era Genaro Martín –; pero no eso de vil y embaucador. Nunca me he aprovechado ni carnal ni de ninguna otra manera de mis supuestas víctimas. Mi único propósito ha sido verter unas gotas de poesía en unas existencias tristes y rutinarias. Todas las mujeres pueden sentirse en muchas ocasiones como verdaderas princesas. Sin embargo, a menudo ellas olvidan esto, y alguien se lo tiene que recordar.

LXVIII

Todos dicen que es una mujer con mucha clase. Y yo añadiría también que demasiado amiga de los caprichos caros. Pero esto no debe extrañar a nadie; resulta muy normal cuando se posee tanta pasta como ella. Aunque en esto del dinero, no se trata únicamente de tenerlo en abundancia, sino de saberlo gastar bien. No faltan multimillonarios que después de emplear toda su vida en acumular abundante riqueza, en sus últimos momentos se dan cuenta de que han disfrutado muy poco de su fortuna.

- Por suerte mía, y para disgusto de muchos envidiosos, yo nací en una familia muy adinerada, y tuve el cuidado de pescar dos maridos tan ricos como mi padre – reconoce ella sin ningún pudor –. No hay nada mejor que los billetes caigan del cielo sobre ti, y tú sólo tengas que preocuparte

de emplearlos de la manera más divertida posible. Lo mismo que hay personas que dominan el arte de ganar dinero a espuertas, otras tenemos un instinto infalible para gastarlo con alegría y clase.

No me avergüenza confesarles que yo soy por ahora el último capricho de esa mujer con tanta clase. Me precedió una carísima pulsera de diamantes de veinte mil euros. Servidor, la verdad, le ha salido algo más barato.

LXIX

Hay que advertir que ya fueron algo tortuosos los mismos inicios de los trabajos de aquella comisión oficial para un Lenguaje Justo. Los comisionados para tan magna y necesaria depuración lingüística eran treinta eminentes lumbreras de la Filología Española, quince hombres y quince mujeres, o si se prefiere mitad mujeres y mitad hombres. Tras un mes de discusiones acaloradas, nació un nuevo término: "filólogue", que por su carácter neutro englobaba tanto a filólogos como a filólogas.

- Esto solamente es un primer paso – proclamó muy orgulloso el presidente de la comisión –; pero podemos anunciar que ha pasado el tiempo de que el género masculino gramatical sirva también en bastantes ocasiones para nombrar a personas del sexo femenino. Será muy incorrecto, pongo por caso, hablar de "un congreso de médicos", puesto que muchas de las participantes son en realidad "médicas". Y explayarse distinguiendo a unos y a otras, por ejemplo, con expresiones del tipo "congreso de médicos y médicas", todos nosotros sabemos que va en contra de lo que llamamos economía del lenguaje. Por ello, camaradas en el idioma, yo propongo la nueva palabra de "medicantre".

La osada propuesta fue acogida con aplausos unánimes. Cosa rara, se aceptó en un santiamén sin apenas controversia. Y en seguida intervino una joven ponente con las ideas muy claras:

- Hablo en nombre de todas las mujeres, admirados colegas, y después de siglos maltratadas por un lenguaje hecho a la medida y para el ensalzamiento de lo masculino, es hora de exigir ya una discriminación positiva de lo femenino en nuestro idioma. Por qué usar la palabra "armario", del género masculino, si disponemos de términos tan hermosos como "alacena", "vitrina", "estantería", todos ellos del género femenino. Incluso tenemos a nuestra disposición un vocablo neutro como "mueble". Enseñemos a nuestros niños en la escuela preferentemente aquellas palabras que no discriminen a lo femenino. La lengua de Cervantes debe ser justa e igualitaria.

Aquí la ponente se interrumpió para beber un poco de agua, y otro miembro de la comisión aprovechó la coyuntura para levantarse raudo del asiento y comenzar una viva alocución sin pedir permiso a nadie, dejando

a medias a la anterior ponente.

- Estoy absolutamente de acuerdo con usted, mi admirada colega. La lengua castellana ha de ser lo más neutral posible y no tiene que discriminar a nadie. Lo femenino debe estar a la misma altura que lo masculino, o incluso por delante, en compensación de muchos siglos de oprobio lingüístico. Pero no sólo estamos en deuda con las mujeres; también otros muchos colectivos maltratados en nuestro idioma secularmente se merecen una restitución adecuada. Pondré unos pocos ejemplos de vocablos despreciativos: "cojo", "gordo", "calvo", "miope", "tonto", "enano"… ¡Desterremos tan infamantes palabras! Sustituyamos "cojo" por "oscileño" o "tambaleroso"; "gordo" por "voluminente"; "calvo" por "cranealópecico"; "miope" por "ojimenguado"; "tonto" por "pocagudo" o "nadavivales"; en cuanto al despectivo "enano", cambiémoslo por un sonoro y positivo "recogidón".

En ese momento, un entusiasta "bien dicho, sí señor" y un rumor general aprobatorio cortaron el hilo de aquella intervención tan interesante. El orador permaneció varios segundos de pie, en silencio y con expresión dubitativa, y si tenía algo más que añadir, se lo guardó para sí mismo.

- Con el permiso de todos ustedes, yo desearía exponer aquí algunas puntualizaciones propias – tomó entonces la palabra un anciano profesor, que había tratado en su mocedad nada menos que a Dámaso Alonso –. Yo creo que nuestro idioma, lo mismo que cualquier otra lengua del mundo, describe perfectamente el mundo real, la sociedad en que vivimos, con todos sus conflictos, injusticias y desigualdades. Quizá podamos tranquilizar esa mala conciencia nuestra no utilizando nunca la palabra "negros" para referirnos a esas gentes desesperadas que llegan a Europa, huyendo del hambre, de la guerra y de mil calamidades; nos parece que queda más fino y cortés si los llamamos "subsaharianos". E igual nos ocurre con los "pobres", suponiendo que si los nombramos como "excluidos sociales" les ofendemos menos. Sin embargo, debemos ser honestos y admitir que los "pobres" y los "negros, llamémosles como nos plazca, continuarán con su vida de penuria. En nuestra estupidez, estamos convencidos de que, si mejoramos el lenguaje, el mundo también será mejor. No nos damos cuenta de que tendría que ser justo al contrario. ¡Cambiemos nuestra sociedad con todas sus deficiencias e injusticias, y seguro que entonces nuestro viejo castellano se perfecciona por sí solo!

Concluida esta última intervención, todos los presentes en la sala quedaron callados y con aire pensativo. Hasta que alguien se atrevió a carraspear con leve disimulo, y varias personas se miraron entre sí negando con la cabeza. Pronto los murmullos de desaprobación fueron elevando su tono, y aquello se convirtió en una bronca descomunal. Unánimemente se tachó de anticuado y reaccionario al viejo profesor, y todos exigieron al unísono su abandono inmediato de la comisión para un

Lenguaje Justo.

- Me voy con mucho gusto, queridos colegas – se despidió aquel antiguo conocido de Dámaso Alonso, mostrando una sonrisa de lo más afable –. ¡Yo siempre he creído que la estupidez humana es enfermedad muy contagiosa!

LXX

Quizá la hora que has esperado toda tu vida era esta. ¡Y no lo has sabido ver, y has desaprovechado una ocasión irrepetible!... Ya de nada te vale lamentarlo. Otra vez esa manía tuya de pensarte las cosa hasta la exageración te ha jugado una mala pasada. Mientras tú dudabas, la gran oportunidad se escabullía para siempre. La buena suerte sólo es para quien cierra los ojos y se atreve a saltar al vacío. Tal vez la hora que esperaste toda tu vida ha sido esta. ¡Y no lo has entendido!... Ahora te dices: "¡Ojalá pudiera retrasar el reloj!" Pero ya es tarde para ti.

LXXI

Ni ángeles, ni huríes. Únicamente el silencio absoluto. Eufemio Rey ya sabe cuál es el secreto. Llegar a él le ha costado vivir setenta y siete años. Ahora su paz se ha hecho infinita e inalterable. Ya no hay voces ni presencias que la alteren. La luz ha dejado de ser imprescindible en un mundo tan vacío como la nada. A Eufemio Rey sólo le cabe ya acostumbrarse a estar muerto.

LXXII

Supongo que la misteriosa oficina que distribuye las denominaciones en el callejero municipal se topó de lleno con la difícil misión de encontrar algún nombre adecuado para lo que no era otra cosa que el patio posterior de un famoso hotel y una conocida cafetería, al que se asomaban las ventanas traseras de varios edificios abandonados desde hacía décadas; un angosto espacio ciudadano, inaccesible tanto a los rayos diurnos del sol, como a la luz eléctrica de cualquier farola nocturna… Quizá, un buen día, a cierto avispado funcionario del Ayuntamiento se le ocurrió la genial idea de inspeccionar personalmente el solitario callejón. Y seguro que allí se encontró con algún que otro gato rebuscando en los contenedores de basura, el inevitable mendigo borracho tumbado sobre sucios cartones, y hasta con algún ocasional ciudadano muy respetable, pero flojo de la vejiga. Entonces fue cuando a nuestro diligente funcionario le sobrevino aquella inspiración tan anhelada… Estaba decidido: ese lóbrego y maloliente rincón ciudadano llevaría para siempre el nombre de CALLE DEL DESENGAÑO. Así todos los vecinos de la ciudad sabrían muy bien a qué atenerse.

LXXIII

Hubo otras épocas, muy lejanas en el tiempo, en que las personas sólo podían comunicarse cuando había entre ellas una proximidad física. Lo hacían emitiendo con su garganta y su boca extraños sonidos que hoy en día nos resultan indescifrables, y mirándose obstinadamente a los ojos. Podríamos afirmar que los límites de aquellos seres humanos primitivos eran su vista y su voz. ¿Cómo saber lo que se escondía detrás del bosque? ¿O cómo llamar a los demás miembros de la tribu que se encontraban en un lugar distinto? La historia de la civilización no es otra cosa que el empeño de los seres humanos por romper las barreras de lo próximo. El invento de la escritura y de toda clase de signos gráficos quitó al lenguaje oral su preeminencia. Solamente la palabra escrita era capaz de alcanzar los sitios más lejanos y perdurar en el tiempo. Gran avance fue también el desarrollo del teléfono, de la radio y la televisión, aunque cuatro siglos después, tales aparatos, con su simpleza y funcionamiento rudimentario, hoy nos produzcan risa y asombro. Los últimos vestigios de comunicación hablada en nuestro planeta se extinguieron hace más de doscientos años a la vez que ciertos pueblos muy minoritarios, habitantes de remotas selvas adonde nunca llegó el progreso tecnológico. En el mundo civilizado se vivía ya el apogeo absoluto de los Intercomunicadores Personales; y con ellos, la hegemonía total del texto escrito. Los mensajes se hicieron paulatinamente más sencillos y directos. Miles y miles de palabras inútiles de los distintos idiomas del mundo fueron cayendo en el olvido. El tránsito hacia la unificación lingüística planetaria se realizó en apenas unas pocas décadas. Nació así el Lenguaje Universal Simplificado, compuesto escasamente por unas mil quinientas palabras. Con ellas nos basta y sobra para cualquier tipo de comunicación. La pena – o quizá nuestra suerte – es que los antiguos libros editados en las diferentes lenguas históricas, hoy lenguas muertas, en la actualidad resultan ilegibles para todas las personas, y sólo nuestros robots especializados son capaces de desentrañar su contenido. En este siglo XXV, la vida es fácil con nuestros Intercomunicadores Personales y nuestras Gafas de Imagen Remota. Al fin pudimos liberarnos de las consabidas limitaciones de los antiguos seres humanos en lo que concierne a su habla y a su vista.

LXXIV

Harto de vivir solo, un buen día se compró dos cepillos de dientes. De esta manera, cada vez que se lavaba la boca por la mañana y por la noche, se hacía la ilusión de tener compañía en aquella casa tan grande. También en el desayuno y después de comer, él preparaba con admirable esmero dos tacitas de café, como si fuese a recibir alguna visita con la que charlar un ratito amigablemente. Por casualidad, cierta tarde en que esperaba su turno en un salón de peluquería, hojeando al azar una famosa revista de divulgaciones varias, atrajo su interés un reportaje con muchas fotos sobre el mundo de los acuarios y los bonitos peces tropicales. De pronto, una luz se encendió en su cerebro. ¡Ahí estaba la solución a aquella vida

suya tan solitaria!... Ahora él es muy feliz en la grata compañía de dos hermosos ejemplares de pez loro arcoíris. Se le pasan las horas contemplando la amplia pecera, y hablándoles a sus dos pequeños habitantes. A lo mejor es sólo una simple fantasía, pero él asegura incluso que, en ocasiones, los dos peces loro parecen sonreírle.

LXXV

Lanzó su caña a las aguas del río y se puso a esperar muy tranquilamente que alguna carpa despistada picase su anzuelo. Era la suya una espera inútil. Todo el mundo sabía que en aquel río no quedaba ya ningún pez. La contaminación, aseguraban algunos expertos, los había matado a todos. Valeriano, no obstante, mantenía la íntima y secreta esperanza de que los peces regresarían cuando menos se los esperara. De ahí su obstinación por acudir todas las tardes con su caña a ese mismo paraje de la ribera. Más que nada, por si un buen día pescaba una gran carpa, una hermosa carpa de tamaño colosal, y entonces él ya se podía morir satisfecho.

LXXVI

Todas sus historias terminaban siempre con el mismo comentario:

- En realidad, no fue así exactamente lo que ocurrió; pero muy bien pudo haberlo sido.

Ahí radicaba el verdadero secreto de la muy digna profesión de inventor de historias. Menester mal remunerado desde antiguo, y sospechoso sin remedio a los ojos de muchas personas con poca imaginación y carentes de un mínimo sentido del humor. Se trataba simplemente – Julián lo entendía de maravilla – de extraer esas historias del mundo que le rodeaba, y añadirles un poco de poesía y de ingenio.

LXXVII

Quizá lo consideró una burda ofensa a lo que el tango representa y a la sagrada memoria del gran Carlos Gardel. A lo mejor pensó: “Venir desde Buenos Aires para esto.” Ciertamente aquel tugurio de mala muerte distaba mucho de los hermosos teatros en los que otrora, en su años de plenitud artística, ella había interpretado como nadie lo más selecto de los insignes maestros argentinos. Y el público…, duele decirlo, no era en absoluto aquel público entregado y reverente hasta la exageración que la escuchaba incluso con lágrimas en los ojos. Pero de ahí, a ignorar su actuación de aquel modo tan insultante… ¡Una señora de la canción con más de cuarenta años sobre los escenarios no se merecía semejante desprecio! ¡Cantar con tamaño desgarro “Volver”, y percatarse de que casi nadie le prestaba ninguna atención, de que la mayoría de los presentes le daban la espalda y continuaban sumidos en sus conversaciones particulares…! ¡Versionar “El día que me quieras”, con algún pequeño

desajuste de voz, por qué no reconocerlo, pero con una emoción sublime, y comprobar que todos los hombre allí reunidos se fijaban mucho más en las camareras que en la propia artista sobre el escenario…! ¡Y llegar a la mitad de "Caminito", y escuchar aquel eructo tremendo…! ¡Y verle la cara al maldito cerdo que le sonreía burlón, sosteniendo en su mano una descomunal jarra de cerveza…! Todos tenemos un aguante limitado. Y por lo visto, la eminente tanguista ya no pudo soportar tanta humillación. Interrumpió su canto de manera inesperada, y volviéndose hacia sus músicos, con un significativo gesto, les indicó que parasen. Apenas un segundo después, una de las sillas de los músicos volaba como una exhalación hacia la cabeza del responsable del eructo. El auditorio en pleno oyó a la despechada artista gritar con todas sus fuerzas: "¡Pedazo de cabrón!" Y muchos de los presentes aseguraron luego no haber visto nunca a nadie con aquella terrible mirada asesina.

LXXVIII

Nunca es buen momento para romperle el corazón a una persona que te quiere. Sebastián pensaba en ello mientras conducía por la ciudad su reducido utilitario coreano, haciendo ver que ponía toda su atención en el buen manejo de su auto, sin preocuparse de la joven y guapa ocupante del asiento del copiloto.

La muchacha lanzó un profundo suspiro, ladeando su cabeza hacia Sebastián. Después sonrió levemente, y exclamó con voz muy dulce y enamorada:

- ¡Tengo el novio más guapo de la ciudad!

Sebastián no se dio por aludido. Aunque estuvo a punto de que se le escapara algún comentario del tipo de "y yo la novia más empalagosa y tontorrona de esta ciudad y sus alrededores".

Es lo que tiene el amor. Normalmente termina aburriendo pasado algún tiempo. A Sebastián, hasta no hacía mucho, le encantaba la manera de besar de aquella chica. Eran unos besos húmedos y devoradores. ¡Cielos, y qué revolcones apoteósicos dentro del pequeño coche…! Y luego de hacerlo maravillosamente bien, los dos siempre tenían muchas cosas que decirse, y podían estar hablando horas y horas de la vida, del futuro, de ellos mismos.

Pero ya no. Parecía como si ambos se lo hubiesen dicho casi todo. Y lo único que a Sebastián le quedaba por añadir eran las amargas palabras del adiós y del final. Sin embargo, la cosa no se presentaba fácil en absoluto. Sobre todo, cuando la muchacha aseguraba que sin él no podría vivir.

- Si alguna vez me dejaras, creo que me moriría de pena. ¡No sabría estar sin verte, ni tocarte!

Entonces a Sebastián le entraba una terrible congoja, se sentía un tipo miserable, y prefería callar.

- Me siento tan feliz cuando estoy contigo… ¡Todas mis amigas se mueren de envidia! – ella continuaba observándole con la cabeza ladeada.

- Marta, tengo que decirte algo – Sebastián quiso mirarla durante una décima de segundo.

Una décima de segundo fatal. Aquella maldita furgoneta que venía en dirección contraria hizo de repente una brusca maniobra y se les echó encima sin dar tiempo a que Sebastián pudiera evitarlo. Luego, ya fueron inútiles todas las explicaciones.

LXXIX

Con tres años y medio, Nuria sabía ya muy bien lo que le gustaba y lo que no. Odiaba que le hicieran fotos. Seguramente por culpa de las innumerables fotografías hechas por sus papás y sus abuelos antes de que ella tuviera opinión propia. Tampoco soportaba que se le mezclasen los colores de las acuarelas, ni que el perro de su tío le diese besos. En cambio, le encantaban las chucherías, las olivas rellenas y las ensaladas multicolor. También, y mucho, los cuentos de Caperucita Roja y La Cenicienta. Además, para ella ningún personaje del pueblo era tan importante como el ángel Tobías. Y tampoco ninguno ocupaba sitio tan elevado.

A menudo, Nuria lo comentaba con su abuela a la salida del colegio:

- El ángel no se cansa nunca de dar vueltas sobre una pierna y de apuntar con el dedo para un lado y para el otro. Dice mi mamá que lo mueve el viento. El pobre debe de pasar mucho frío allí arriba. Igual le pide a Papá Noel en Navidad una bufanda y unos guantes.

Nuria, de la mano de su abuela, antes de doblar aquella misma esquina en el recorrido diario, siempre echaba una última mirada a su ángel favorito. Tobías, alado personaje de bronce, eterno bailarín al compás de todos los vientos, veleta singular colocada sobre la torre de la iglesia para asombro de niños y adultos.

LXXX

Eladio Flix, todavía joven y todo un derroche de cultura, fantasía e ingenio, además de guapo, era poeta. Ni qué decir tiene que no se ganaba la vida con sus versos. En el lado prosaico de su existencia, él

desempeñaba un modesto empleo en cierta gestoría, y montones de papeles pasaban por sus manos a diario, pero nada que tuviera la mínima relación con las Musas. Un buen día después de comer – curiosamente, Eladio siempre discurría mejor en plena digestión –, le sobrevino una idea que le sedujo al instante, quizá por su misma apariencia tan descabellada. ¡A un poeta no se le debe pedir qué sea sensato y obre con racionalidad! ¡Solamente a un individuo tocado con el don de la poesía se le podía ocurrir tal negocio! ¡Y dicho y hecho…!

En efecto, Eladio Flix abandonó la gestoría y en su propio domicilio montó un pequeño gabinete donde poder desarrollar aquella insólita y muy novedosa actividad: la de creador de historias a la medida, cuyos protagonistas principales, por supuesto, serían los mismos clientes que las encargaran. Se anunció en los periódicos, repartió publicidad por cientos de buzones, y hasta consiguió una entrevista en la radio, pequeño favor de un amigo también poeta, el cual dirigía los jueves por la noche el programa más ecléctico y variado de todas las emisoras locales.

Y justo al día siguiente de la mencionada entrevista apareció aquella guapa mujer, tal vez con los cuarenta ya cumplidos, y que se presentó a sí misma como una viuda en busca de venganza.

- Me apetece protagonizar una de esas historias truculentas, en las que la fiel y sumisa esposa, harta ya de las habituales palizas de cada viernes, planea y consigue envenenar a su marido poco a poco echándole matarratas en la botella de orujo gallego. Tiene que ser un crimen perfecto, y la policía no debe sospechar nada raro en la muerte de semejante hijo de puta. ¡Lo que siento es que, en realidad, haya fallecido de un vulgar infarto!

En otra ocasión, acudió al gabinete de Eladio un sujeto de edad indeterminada, aire apocado, corto de talla y algo enclenque. Con una vocecilla titubeante expuso su raro deseo:

- Aunque solamente sea en una historia inventada – ¡y ojalá mi vecina del principal nunca llegue a leerla, pues creo que me moriría de vergüenza! –, quiero convertirme por una noche en un auténtico seductor. Sí; y con cualquier excusa – no sé, pedirle prestado un sacacorchos, o un poco de harina para las croquetas… –, llamar a su timbre con la mayor osadía y, en cuanto abra la puerta, encandilarla en un santiamén con una simple mirada y la mejor de mis sonrisas. ¡Junto con la harina, o el sacacorchos, ella hasta podría darme un beso en la boca e invitarme a pasar a su piso…!

Otro día se presentó en el despacho de nuestro poeta un asombroso personaje de cierta edad y pelo totalmente canoso, cuya mirada impresionaba por su brillo y fijeza, y que tanto podía ser propia de un místico, como de un loco. Sin mayores rodeos ni preámbulos, expuso muy

sucintamente lo que pretendía.

- Me gustaría vivir una historia en la que yo acompañase al mismo Marco Polo en su recorrido por la ruta de la seda. ¡Y que además de hacer turismo del bueno, empapándome de las culturas y filosofías orientales, pudiera descubrir todos los secretos de la misteriosa piedra filosofal!

A estas insólitas historias, les sucedieron otras muchas. ¡Y la verdad es que el extraño negoció de Eladio Flix prosperó de modo inaudito!

LXXXI

Nuestros ojos lo dicen todo. Te acercas y me susurras algo al oído. Juntamos nuestras manos y reímos sin saber el motivo. A lo mejor es porque tú y yo sabemos que nuestro momento ha llegado. Ninguno de los dos tiene demasiada prisa por desprenderse de la ropa. En una noche caben muchos besos, muchas caricias, muchos abrazos. Tal vez mañana tengamos que decirnos adiós; pero nada importa eso ahora. En este instante sólo estamos preocupados de esas cremalleras y esos botones que parecen resistirse al empeño de unos dedos torpes y nerviosos. Insistimos, y poco a poco nos vamos desnudando en silencio. Volvemos a reír como dos bobos. Ya no hay ropajes que nos molesten y nuestro abrazo se vuelve furioso y casi animal. Tu boca y la mía arden en un mismo fuego de saliva y deseo. Mis manos buscan, te recorren, te exploran, dejan sus huellas en tu piel. Nuestra respiración se hace más jadeante por momentos. Tus piernas se abren de par en par, y entonces te penetro con todas las fuerzas de mi alma…

LXXXII

Efraín Valbuena, a pesar de su oficio, podía decirse que era un hombre bastante piadoso. Lo mismo que los toreros, él también tenía montada en su humilde alcoba una especie de capillita de muy reducidas dimensiones, con una linda imagen en escayola coloreada de la Virgen con el Niño Jesús. Y a ellos se encomendaba Efraín todos los días antes de echarse a la calle, buen conocedor de los numerosos peligros de una ciudad tan violenta como Bogotá. En su modesta opinión, las autoridades habrían debido controlar mucho mejor la compraventa de armas de fuego.

- Es mala cosa para la seguridad ciudadana que cualquier zascandil pueda tener un arsenal completo en su domicilio – afirmaba muy convencido Efraín, cuando se le preguntaba por esta cuestión.

Y se quedaba con las ganas de añadir: “Las armas de fuego sólo deberían estar al alcance de los muy expertos en su uso. Igual que otro tipo de herramientas destinadas para su manejo exclusivo por profesionales.” También se callaba Efraín Valbuena que él mismo era uno de esos

profesionales que se ganaba la vida disparándole a la gente por encargo.

- Nada personal, y jamás por odio. Únicamente por el dinero – le explicó en una ocasión a una antigua novia. Pero ella no acabó de entenderlo y se fue con otro.

Desde entonces Efraín siguió soltero, pensando que las mujeres no entendían ciertas cosas.

Aquel viernes por la noche, Efraín Valbuena acabó de limpiar con sumo cuidado uno de sus mejores revólveres. Se vistió con su traje más nuevo, pues gustaba de presentarse ante sus víctimas como persona elegante y de muy buenas maneras. Rezó las habituales oraciones a María Auxiliadora, se santiguó, y marchó presto a ejercer una vez más su oficio de asesino por encargo. Debía liquidar a cierto empresario metido en muy peligrosos manejos, y por lo visto con enemigos demasiado poderosos. Un trabajo fácil. Aquella noche su víctima pensaba acudir con su mujer a una función de teatro. No había más que aguardar tranquilo en la calle el final de la representación, y luego seguir discretamente a la pareja en su trayecto hasta donde tenían aparcado su lujoso auto. Bastaba con un par de disparos certeros en la nuca de ambos. Así marido y esposa marchaban juntos a la tumba, y de paso se eliminaban posibles testigos molestos. Todo muy simple.

Lo malo fue que aquella noche, pese a todas sus oraciones previas, la divina protección abandonó definitivamente a Efraín Valbuena, quizá como castigo de sus múltiples pecados. Por primera vez en su muy dilatada carrera profesional no pudo cumplir el encargo de sus clientes. Un guardaespaldas de gatillo veloz y puntería más que certera surgió Dios sabe de dónde y le metió varios balazos en el cuerpo. La policía, al presentarse allí poco después, pudo comprobar que aquel cadáver pertenecía a un sujeto con muy buen gusto en el vestir.

LXXXIII

“Investigador de naderías y divulgador de bagatelas. Aceptemos las críticas de los ignorantes, los envidiosos y los pelmazos. En realidad, no deben afectarnos demasiado. CURIOSIDADES DEL MUNDO, revista que fundé hace ya más de veinte años, y que todavía hoy tengo el honor de dirigir, es una publicación editada en una docena de países, traducida a varios idiomas, y cuyo prestigio está fuera de cualquier duda. Poner en entredicho, por ejemplo, nuestras serias y muy exhaustivas investigaciones sobre la utilización del porrón desde la antigua Mesopotamia, o el reportaje biográfico sobre el primer automovilista de la historia fallecido en un accidente de carretera, sólo puede deberse a la mala fe de ciertos profesionales de la información, auténticos mercenarios de la palabra escrita. En el mundo editorial hay mucha competencia insana, muchos odios casi patológicos. Seguramente habrá quien imagine

que aludiendo a estas rivalidades entre editores, estoy pensando en mi archienemigo Federico Sanjuán Garcés, dueño e ideólogo de LAS CIENCIAS Y LAS ARTES, publicación que tuvo su época, pero en la actualidad muy venida a menos a causa de la incompetencia mayúscula de quien la dirige. Y sí, en efecto, pienso en ese cabeza cuadrada de Fede Sanjuán, el rey de los pelmas, y en sus tediosos monográficos sobre Picasso, la física cuántica o el cine francés de la Nouvelle Vague. Que no digo yo que no merezcan más de un monográfico, pero dar la tabarra con lo mismo durante décadas fácilmente puede llevar al amable lector a pasarse a la prensa deportiva, o a perder el tiempo con la televisión o el maldito internet. CURIOSIDADES DEL MUNDO se mantendrá siempre fiel a la búsqueda de la amenidad por encima de todo, y al lema de que ni el saber ni la ciencia pueden volverse aburridos. Jamás traicionaremos la fidelidad de nuestros lectores. A ellos, con infinita gratitud, van destinados los próximos reportajes de nuestra revista: Ceremonia del Té, y las Sustancias Afrodisiacas Secretas de las Geishas; el Tráfico del Vino Moscatel entre España y América en el Siglo XVIII; y las Mayores Colecciones de Mariposas Disecadas en Europa, África y el Lejano Oriente.”

LXXXIV

¿Todo es cuestión de química? ¿Los recuerdos, la alegría, la tristeza, el amor, el odio…? ¿Las misteriosas neuronas y sus reacciones difíciles de explicar deciden, al parecer, nuestra felicidad y nuestra desdicha? ¿Que a uno le guste cierta canción, o le haya emocionado tal poema, en el fondo es una simple cuestión de enzimas? ¿Podemos darnos importancia los seres humanos, y suponer que estamos en la cima de todo existente? ¿Los sueños y anhelos que impulsan a cualquier persona son únicamente cuestión de ciertos azúcares e hidratos de carbono que bullen en su organismo?

¿Es la alegría que sentimos lo que produce nuestra risa, o es el acto de reír lo que motiva nuestra alegría? ¿Es la arena con su blandura la que crea nuestras huellas, o son nuestros pasos los que las han dibujado?

Cuando logremos descubrir los verdaderos mecanismos – químicos, físicos, matemáticos… – de la sonrisa de un niño pequeño en su columpio del parque, quizás entonces lleguemos a entender todo lo demás.

LXXXV

Mientras se besaban, allí sentados en un banco del paseo, era como si el invierno hubiese desaparecido de repente. Sí, señores; también es posible sentirse plenamente feliz a pesar del cierzo helador. Aquel beso creaba una extraña burbuja protectora que les aislaba del resto del mundo. Mientras durase aquel beso interminable, el tiempo y el mundo carecerían

de importancia. La eternidad entera cabe en un solo beso.

LXXXVI

“Todos nuestros actos tienen siempre consecuencias impredecibles. A veces, hasta las mejores intenciones ocasionan tragedias que nadie pudo entrever. Queriendo mejorar el mundo, a poco que se nos vaya la mano, fácilmente conseguimos empeorarlo todo.” Con estas filosóficas consideraciones Hortensio Casas ponía punto y final a su reportaje sobre aquel desdichado suceso ocurrido escasas fechas atrás, y que tanto revuelo y comentarios había originado en la pequeña población de provincias. Hortensio, redactor jefe de la revista mensual CRÓNICAS DE NUESTRA COMARCA, estaba muy satisfecho de aquel trabajo periodístico. La verdad era la que era, y su obligación contarla objetiva y desapasionadamente.

A Hortensio Casas le caía muy bien el finado Pepillo. Toda una vida manejando el último coche de caballos en la región, un modesto reclamo turístico local, junto con la iglesia mudéjar de San Feliciano, y la fuente salobre de La Chopera Alta, cuyas aguas, al decir de muchos, sanaban las enfermedades de la piel, combatían los dolores reumáticos, hacían desaparecer la caspa, y también se utilizaban desde tiempos inmemorables para poner los garbanzos a remojo. Lo cierto es que Hortensio y su mujer, a la llegada del buen tiempo, se habían dado sus buenos paseos en la vieja calesa de Pepillo, tirada por un enorme percherón de aire eternamente melancólico.

Todos los habitantes del lugar habían oído muy a menudo las maldiciones y juramentos empleados por el veterano cochero en el ejercicio de su profesión, y habían observado su hábil manejo de aquella larga fusta que revoloteaba siempre por encima de las orejas del animal de tiro, pero sin rozarle casi nunca. Parecía harto dudoso que tales exabruptos blasfemos pudieran escandalizar a ningún caballo, y el tranquilo percherón de Pepillo no demostraba tampoco temer en demasía la amenaza de la fusta volandera. Sin embargo, de pronto, empezaron a surgir ciertos comentarios entre los lugareños más sensibles en el espinoso tema del maltrato a los animales. Y no hay ni que decir que los más sensibilizados en esta cuestión eran todos los miembros de la muy activa Sociedad en Defensa del Mundo Animal.

- ¡Ese tal Pepillo es mucho más bruto que el mismo caballo! - proclamaban algunos con enorme indignación.

- El Ayuntamiento debería intervenir en este asunto – afirmaban otros, sumándose convencidos a la causa.

- Tendrían que quitarle su licencia municipal – sostenían los más

inflexibles – ¡No podemos consentir determinadas cosas!

Y de esta manera, cada día iban aumentando las quejas contra el infeliz cochero, y diríase que la mayor parte de la gente estaba ya a favor de la jubilación definitiva tanto de Pepillo como de su dócil cuadrúpedo.

Hasta el despacho del alcalde de la localidad llegaron en poco tiempo diversos informes confidenciales recomendando suspender la actividad de la calesa y su cochero. Pronto habría elecciones en el municipio y no parecía muy recomendable ignorar la opinión mayoritaria entre los vecinos de la villa. Hubo, pues, pleno urgente en el Ayuntamiento, y la totalidad de los concejales votaron sin el menor titubeo la retirada de la licencia municipal que permitía a Pepillo circular por el pueblo con su coche de caballos. En agradecimiento a tantos años de útil servicio, en el mismo pleno se aprobó también por unanimidad conceder una indemnización no demasiado generosa al obligado cesante.

Nadie volvió a ver por las calles más céntricas de la población aquel traqueteo ágil de la famosa calesa, al apacible animal que de ella tiraba, y a su vocinglero conductor. Y la verdad es que muy pocos los echaron de menos.

¿Quién se hubiese atrevido entonces a imaginar un desenlace tan luctuoso para esta historia? Aquella misma noche en que los miembros de la Sociedad en Defensa del Mundo Animal celebraban su cena de cada trimestre, una sorprendente noticia se propaló como la pólvora entre los comensales. ¡Pepillo se había arrojado a las vías de ferrocarril al paso del Correo de las ocho y media! En la carta hallada en uno de los bolsillos de su raído gabán, el veterano cochero explicaba al juez su terrible determinación. La posdata, muy breve y concisa, informaba del sacrificio de su pobre caballo en el matadero municipal, su descuartizamiento, y posterior venta de las distintas piezas a varios carniceros y un par de restaurantes de buen renombre.

Hortensio Casas, en su reportaje sobre tan penoso acontecimiento, y basándose en testimonios muy fidedignos, aventuró incluso la posibilidad extraordinariamente paradójica de que se hubiese servido carne del sacrificado percherón en aquella cena de la Sociedad Animalista, la misma noche del suicidio de Pepillo.

LXXXVII

En el CLUB DECANO DE ILUSTRES MENTIROSOS, la reunión extraordinaria de la junta directiva que debía dilucidar el peliagudo caso de Tomás Abad comenzó a las seis en punto de la tarde, más que nada por el prurito de confundir a todos los incautos que aquella misma mañana habían leído una nota en el tablón de anuncios del club indicando las cinco de la tarde como hora de su inicio. Se trataba de una divertida broma, de un engaño

inofensivo entre personas acostumbradas a las pequeñas y grandes mentiras. Las reglas que gobernaban la extraña asociación de mentirosos incorregibles eran bastante claras al respecto: las verdades de cada uno de los socios debían quedarse a las puertas de la sede del club; y dentro del recinto ya no había límites ni barreras para cualquier fantasía individual, o el más extravagante derroche de ingenio.

Cinco ilustres mentirosos – presidente, vicepresidente, secretario adjunto, y dos vocales – tenían que resolver aquella famosa tarde si el miembro del club Tomás Abad era merecedor de una expulsión fulminante, puesto que algo dicho por él, la curiosa patraña de que padecía un cáncer terminal desde los años ochenta, al final se había convertido en un hecho real y absolutamente verídico. Al pobre Tomás le quedaban apenas unos cuantos meses de vida. La fatídica verdad bien podía considerarse como falta gravísima dentro de un club tan peculiar, donde todos engañaban a todos inventándose las personalidades más falsas y peregrinas que pueda uno imaginarse. Por poner algún ejemplo, ahí estaba el mismo presidente de la asociación, el insigne don Marcelino, hombre de provecta edad, quien se presentaba a sí mismo como torero retirado, en cuyo cuerpo habían quedado las cicatrices de más de una treintena de cornadas, minucias de sobra compensadas por las tardes gloriosas en que lo sacaron a hombros por la puerta grande de la Maestranza y de las Ventas. Y qué decir del vocal de la junta que se declaraba pacífico alienígena, llegado de un planeta perteneciente a la galaxia de Andrómeda, y gran admirador de Louis Armstrong y María Callas.

– ¡Es delicado este asunto!... ¡Muy delicado, y no podemos tomar una resolución a la ligera! ¡Póngase usted en nuestro lugar, amigo Tomás! – el secretario adjunto fue el primero que habló en aquel extraño juicio, y parecía verdaderamente abrumado por la dificultad que entrañaba un caso tan inédito.

– ¡Decidan, señores, en conciencia! – fue lo único que adujo el encausado Tomás Abad, con un hilillo de voz, desde su silla colocada frente al severo tribunal.

– Así lo pensamos hacer, por supuesto.

El secretario adjunto, conocido por todos en la asociación con el nombre de Dimitri – aunque en su documento de identidad aparecía como José González –, aseguraba descender por rama bastarda del mismo zar Nicolás II. Lo más probable es que hubiese heredado un título de conde, o al menos de barón, de no ocurrir aquellos terribles acontecimientos históricos de la Revolución de Octubre, y los bárbaros desmanes

bolcheviques.

– ¡Los reglamentos que nos rigen deben ser sagrados para cada uno de nosotros! – aseguró enfáticamente el vicepresidente de la junta directiva, don Sisebuto Carbonero – Sin embargo, reconocemos que sus circunstancias personales son muy dignas de tenerse en cuenta. ¡Muy dignas, en efecto!

Don Sisebuto acababa de inventar un motor para coches que funcionaba con cualquier tipo de gaseosa o refresco efervescente, y aguardaba con impaciencia muy comprensible la llamada de algún representante de la Coca-Cola.

– Yo comparto lo dicho por mis compañeros de junta – proclamó solemnemente el último vocal, Jalhaswapindar Aljopir, sobrino nieto de cierto rajá de los alrededores de Cachemira. Y según gustaba de alardear, dueño de una magnífica explotación agrícola cerca de Bombay, con una dotación de más de cincuenta elefantes.

La singular vista se prolongó hasta casi las ocho de la tarde. Arduas fueron las deliberaciones de los cinco personajes mencionados. Pero con la máxima prudencia y su mejor buena voluntad, a la postre alcanzaron un acuerdo que lo hubiera suscrito el rey Salomón en persona, de haber estado allí presente.

– Quédese tranquilo, amigo Tomás. ¡No hay expulsión! ¿Cómo iba usted a adivinar que su inventada mala salud finalmente se haría triste realidad? Incluso no sería descabellado decir en nuestro informe que usted nos engañaba con sutil maestría hablando de un falso cáncer, cuando era muy conocedor de que el cáncer era cierto. Dejemos, pues, señor Tomás, que la enfermedad siga su curso, y sea ella, al debido tiempo, la que le aparte de nuestro estimado club.

Pronunciadas estas últimas palabras por don Marcelino, y sin más que añadir, se levantó la sesión.

LXXXVIII

Tiempos oscuros aquellos en que la Santa Inquisición se mantenía siempre expectante para que nadie se apartara del buen camino y olvidara la palabra sagrada del Señor. Además había que estar muy vigilantes de las previsibles asechanzas del Demonio. Al fin y al cabo resulta tan fácil sucumbir a sus arteras tentaciones.

Quizás en defensa de Blasillo y Marilinda pueda aducirse sus pocos años – unos catorce o quince –, los calores del verano y las sabidas alteraciones que ocasionan en la sangre de muchos, y los nefastos efectos del loco amor que nos arrastra irremisiblemente hacia los mayores abismos.

Imaginemos a esos dos jóvenes enamorados correteando por la alegre campiña, felices y sin otra preocupación que buscar un buen sitio a la sombra para refocilarse a su gusto, escondidos del resto del mundo. El fuego mutuo que sentían los dos era tan irresistible – acaso estaba ahí la mano del mismo Lucifer – que sólo podían apagarlo entregándose al ciego desenfreno y a la vil fornicación.

Estos desvaríos del amor carnal prosiguieron durante muchos días hasta que, una tarde aciaga de tormenta, nuestra atrevida pareja fue pillada por unos labradores mientras se amaban desnudos debajo de un enorme castaño. El escándalo en la aldea de los dos muchachos fue mayúsculo. Y hasta la Santa Inquisición, avisada por uno de los curas de la comarca, se sintió obligada a intervenir en semejante caso. Pues la cuestión era averiguar si los chiquillos estaban solos en el momento de ser descubiertos, o también les acompañaba algún otro ser de naturaleza infernal. Esta sospecha nacía de la declaración de uno de los labradores, quien aseguró haber sentido un penetrante olor a azufre en los alrededores del mencionado castaño.

Pero no era solamente lo del olor a azufre. Había otros indicios muy reveladores en la propia personalidad de Blasillo y Marilinda. El muchacho no podía ocultar una especie de tic nervioso en los ojos que le obligaba a un parpadeo casi continuo; a su vez, la chiquilla tenía cierta dificultad para expresarse adecuadamente a causa de una tartamudez congénita.

Al fraile enviado al lugar por la Inquisición para las pertinentes averiguaciones le bastó con una primera ojeada a los sospechosos. ¡Aquella extraña pareja de jovenzuelos no iban a engañar a todo un experto como él! La manifestación nerviosa de Blasillo era muy a menudo síntoma concluyente de estar poseído por algún demonio. Y en cuanto a Marilinda, además de la temprana inclinación a los pecados de la carne, aquella asombrosa manera de hablar que casi nadie entendía quizás era prueba inequívoca de su natural brujeril.

Así, pues, se trataba casi con toda seguridad de un caso no muy infrecuente en el que aparecían juntos endemoniado y bruja. Nada que le hiciera echarse para atrás al avezado representante del Santo Oficio.

– Esto lo podemos arreglar de manera muy sencilla – aseguró fray Tomás con aire impasible ante una multitud de curiosos –; más teniendo en cuenta la corta edad de los zagales. ¡No hay diablo que se resista a una buena tunda bien administrada! ¡Y esa infeliz Marilinda, con absoluta certeza que deja de tartamudear cuando le introduzcamos en la boca ceniza ardiente y rapemos su larga cabellera! Después de estos castigos, bastará con que nuestra incauta pareja reniegue de su maldito señor Lucifer.

En este punto, hay que aclarar que ni Blasillo ni Marilinda pudieron decir cosa alguna en su defensa, puesto que no sólo permanecían atados de pies y manos, y sendas capuchas de fieltro negro les impedían ver nada, sino que también férreas mordazas de cuero no les permitían hablar.

Y allí mismo, en la plaza principal del poblado – con todos los vecinos presentes, incluidos los apesadumbrados padres de ambos muchachos –, se procedió a la aplicación de los castigos referidos.

Cuarenta azotes recibieron las espaldas desnudas de Blasillo, el cual se mantuvo firme y de pie en todo momento, aguantando con valor pasmoso el terrible suplicio. Marilinda, tumbada sobre unas tablas dispuestas a modo de cadalso, lanzó gritos sobrecogedores al verse libre de la capucha y la mordaza. Pero en seguida un rudo verdugo vertió en su boca el pequeño cazo de humeante ceniza, y apagó rápidamente aquellos chillidos desesperados. La infeliz joven se desmayó casi al instante al sentir el dolor de las quemaduras en su lengua y una espantosa sensación de ahogamiento. Y en tal estado de inconsciencia, la despojaron seguidamente de sus hermosos cabellos negros y ondulados.

Aquella noche, más muertos que vivos, Blasillo y Marilinda la pasaron encerrados en unas lóbregas mazmorras. Al otro día, muy temprano, de nuevo fueron conducidos a la plaza mayor del lugar. Allí, delante otra vez de todo el gentío, fray Tomás se dirigió a ellos con voz atronadora:

– Locos mozuelos, habéis recibido ya el severo castigo que ambos merecíais por vuestras gravísimas faltas. Para quedar en paz con la Santa Madre Iglesia y ser definitivamente perdonados, debéis por último renegar de Lucifer, maldiciendo su nombre y su estirpe. Además, tendréis que jurar por Nuestro Señor Jesucristo que os olvidaréis de vuestra loca pasión, de esos amoríos insensatos y pecaminosos, y ya nunca más volveréis a estar juntos a solas. Eso es todo cuanto tengo que deciros.

Tras estas solemnes palabras de fray Tomás, la plaza entera quedó sumida en un prolongado y expectante silencio. Muchos de los allí reunidos contuvieron el respiración, aguardando la respuesta de los muchachos. Blasillo y Marilinda se miraron un segundo con lágrimas en los ojos. El chiquillo se adelantó un paso con decisión, y con voz muy tranquila respondió al severo fraile:

– Hermano, ni ella ni yo sabemos nada de ese tal Lucifer. Los dos nos tenemos por buenos cristianos. Así, pues, no hay por nuestra parte ningún inconveniente en maldecir a todos los demonios del Infierno. Nosotros nada conocemos de brujas ni de diablos. Sin embargo, nuestro mutuo amor es tan fuerte y profundo que, antes de vernos obligados a vivir separados, preferimos la muerte.

Oyendo tales palabras, un murmullo de horror se extendió entre la concurrencia, y todos las miradas se dirigieron a un tiempo hacia fray Tomás, cuyo semblante mostraba notoriamente una mezcla de pasmo, duda y desatada irritación.

…Y muerte en la hoguera dictó el riguroso e inflexible representante de la Santa Inquisición. Blasillo rogó con la mayor humildad ser quemado en el mismo fuego que su adorada Rosalinda. Aunque en un primer momento fray Tomás se opuso rotundamente a esa petición, los verdugos encargados de la terrible ceremonia le convencieron pronto de que bastaría con una buena fogata para los dos reos, y así el concejo tendría que gastar mucha menos leña. Todo se llevó a cabo en las afueras del poblado al atardecer, y ya para siempre las cenizas de ambos enamorados permanecieron unidas y entremezcladas en una misma fosa.

LXXXIX

Lo peor de haber estado en tu vida con más de cinco mil mujeres es la desalentadora dificultad para recordar ya en tu vejez rostros y nombres. Y la inevitable sensación de vacío y soledad. ¿Qué diferenciaba a tu amante número 467 de la número 4782? Sin rostro y sin nombre ninguna de las dos, se convierten en una simple cifra. Ni siquiera en un leve recuerdo.

Este era el gran secreto del célebre autor Ricardo Fontaner. Un secreto que le dolía en lo más íntimo, pero el cual ocultaba a todo el mundo como si de una enfermedad vergonzosa se tratase. Nadie lo podía sospechar. Ni las personas más allegadas a él. Su famoso libro "El Fácil Arte de la Seducción" se había vendido en cantidades astronómicas en más de treinta países. Trescientas sesenta páginas, veintidós capítulos repletos de buenos consejos para tener un éxito asegurado la hora de conquistar a una mujer. O a un hombre. Pues, en realidad, no había apenas diferencias. Todos los seres humanos, indistintamente de su sexo, se mueven y reaccionan ante idénticos estímulos.

Ricardo Fontaner había sido en su juventud y años de madurez un tipo apuesto. Facciones perfectas y muy varoniles, sonrisa agradable e irresistible, estatura por encima de la media, y un tipo esbelto y bien plantado. Sin embargo, él no achacaba en absoluto sus éxitos de conquistador a esas cualidades personales. Se necesitaba algún extra más.

Ricardo Fontaner lo explicaba acertadamente en el prólogo de su famoso libro: "La belleza física te puede ayudar a veces. Pero pasados los primeros cinco minutos ya no podrás disimular que eres sólo un bonito envoltorio sin contenido. Esa mujer (o ese hombre) que está frente a ti y te observa con el mayor detenimiento, sólo espera poder reírse contigo a menudo y que tengas una paciencia infinita para escuchar todo lo que dice con la adecuada atención. Ese es uno de los secretos. Saber escuchar. El

segundo secreto, demostrar que no tienes ninguna prisa, que puedes esperar lo que haga falta, que eres un individuo muy difícil de conquistar…”

Cierta tarde de verano junto al mar, Ricardo Fontaner lo comprendió por fin. Había estado con más de cinco mil mujeres en su vida y no supo jamás retener por mucho tiempo a ninguna de ellas. Esa misma noche, en la soledad de su fastuosa mansión veraniega, se levantó la tapa de los sesos con su escopeta de caza.

XC

“A veces, reírse es una manera elegante de llorar… Sí, querido público; lo confesaré ya de entrada para que nadie se haga falsas ilusiones sobre mi actuación de esta noche. Odio los chistes fáciles, y desconfío muchísimo de los rebuscados alardes de ingenio. Soy un caso raro de humorista que apenas cuenta chistes. Quizá por ello, mi carrera profesional ha tenido ciertos altibajos, y la incomprensión de muchos de ustedes me ha perseguido hasta ahora. Sin embargo, no me quejo. Me he encomendado a mí mismo la sagrada misión de enseñar a la gente a reírse con dignidad de todo lo malo que les vaya deparando su vida cotidiana. Hay momentos y situaciones en que precisamos de una buena carcajada. Sí, señores; ¡el mejor y más valiente modo de afrontar las penas que nos afligen a diario! ¡Ensanchen el ánimo riendo abiertamente! En los pocos segundos que duren esas risotadas, nada parecerá demasiado serio…”

XCI

Mapi se contempló en el espejo ladeando un poco la cabeza. Se gustó, aunque pensó que no estaría de más desabrocharse otro botón de su blusa color vainilla, bien ajustada y algo transparente. Su media melena castaña permanecía perfectamente peinada; el maquillaje de ojos, labios y pómulos, resaltaba sobremanera la belleza de su rostro y el efecto casi hipnótico de sus increíbles ojos verdes; y se aplaudió a sí misma por la atinada elección de aquella falda oscura muy ceñida, que tan bien resaltaba sus caderas, y lo suficientemente corta para que se pudiesen admirar sus largas y bonitas piernas, de las que se sentía bastante orgullosa. Ya sólo le faltaba el toque sutil de unas gotitas de su perfume más caro. Una a cada lado del cuello, justo por debajo de los lóbulos de las orejas, ornadas para la ocasión con unos llamativos pendientes de pura fantasía.

– ¡La verdad es que me veo estupenda!– exclamó entusiasmada Mapi delante del espejo –. ¡Esta noche por fin vas a caer en mis brazos!

Ella se refería al hombre maravilloso que le quitaba sueño y apetito desde hacía algunos meses. Un escritor de éxito. Se había leído y releído varias veces su exitosa novela “El amor siempre te llega de improviso”. Un título

logradísimo. Y ella misma era un buen ejemplo de que el amor no avisa previamente de su llegada. Surge donde menos lo esperas y en el momento más inesperado. ¿Quién le iba a decir a Mapi que en la firma de libros del autor de moda, entre un montón de curiosos, tenía que enamorarse al primer golpe de vista precisamente de aquella celebridad literaria que le dedicó su mejor sonrisa, luego de escribir con letra muy esmerada una breve y bastante cariñosa dedicatoria?

Mapi no desaprovechó la inmejorable oportunidad que le brindaban ciertas jornadas literarias sobre Novelística Moderna en un Mundo Virtual. Un centenar de escritores, lo más selecto de las letras españolas, reunidos en aquella ciudad para confrontar ideas y experiencias. Además, para gozo de muchos aficionados a los buenos libros, se iban a ofrecer unas cuantas charlas abiertas al gran

público. Por supuesto, en ese grupo de literatos de renombre – ya lo habrán adivinado ustedes –, no faltaba ese hombre fuera de lo común que le había conquistado su corazón inopinadamente, sin sospecharlo él en absoluto.

La tarde de la esperada conferencia, hasta la suerte pareció aliarse con Mapi; y aunque el amplísimo auditorio se veía muy concurrido, ella no encontró ningún problema para ocupar uno de los asientos de la primera fila, es decir, la más próxima al escenario y a la tribuna de los conferenciantes. Puede afirmarse sin ninguna exageración que sólo unos pocos metros la separaban del hombre de su vida – el segundo orador por la izquierda –, y su emoción era tanta que se figuró incluso que todos los allí reunidos, de no estar ciegos, se tenían que haber dado cuenta de ello.

Los insignes conferenciantes, por turno riguroso, y sin otro límite que un cuarto de hora para cada intervención, fueron exponiendo con suma brillantez sus propias ideas sobre la literatura de nuestros días. Pero Mapi – ya lo habrán adivinado – apenas escuchaba nada de lo que se decía allí. En realidad, toda su atención parecía fijada en un único punto, en una sola persona.

Paradójicamente, fue Mapi la primera en ponerse en pie y levantar su mano cuando llegó el momento de las preguntas del público allí congregado. Con voz firme y soltura admirable, y dirigiéndose por supuesto a su escritor favorito, lanzó esta pregunta que a más de uno dejó pasmado:

– ¿En un mundo más virtual cada vez, la pura realidad no tendrá que refugiarse dentro de poco en las historias de los libros?

En el enorme auditorio se hizo un silencio tenso, hubo algunas tímidas toses, gestos de perplejidad en varios conferenciantes, manos alzadas pidiendo intervenir… Sin embargo, el mismo autor a quien Mapi había

dirigido su interesante pregunta, fue quien habló primero:

– El futuro dirá lo que tenga que decir sobre la posible dirección de la literatura y sus autores. Contestar ahora a su amable pregunta, estimada amiga, nos llevaría demasiado tiempo seguramente. A la finalización de esta conferencia, si no lleva prisa y me lo permite, me gustaría intercambiar con usted algunas consideraciones.

No hay ni que decir que Mapi se lo permitió encantada. Y también, sin ningún reparo, aceptó el amistoso café que él le propuso. La conversación sobre libros y literatura derivó de manera natural en cuestiones más personales. Transcurrieron casi dos horas en un soplo; y ante la disyuntiva de despedirse hasta la siguiente ocasión o marcharse juntos a cenar, ambos prefirieron lo segundo. En fin, como dato confidencial, añadiré que nuestra entusiasmada pareja intercambió esa noche algo más que ideas sobre literatura.

Y siguen juntos todavía.

XCII

En los primeros días de marzo, Faustino pensó que era ya momento de decir adiós al riguroso invierno que azotaba cada año su ciudad. Sacó del armario su elegante gabardina de entretiempo, de un bonito gris verdoso, y se despidió de abrigo, bufanda, guantes y gorro con orejeras. Hasta la nueva temporada invernal, que allá por noviembre comenzaría de nuevo. “Es cuestión de actitud”, pensaba Faustino. Con una actitud adecuada, todo se supera, incluso la climatología adversa. Él era uno de esos optimistas incorregibles, absolutamente persuadidos de que el buen ánimo cura más que la penicilina.

Además de la recuperación quizás algo tempranera de su gabardina de entretiempo, un segundo rito marcaba para Faustino, año tras año, la llegada del buen tiempo: el primer día de marzo, lloviese, nevase, helara o hiciera un vendaval de mil demonios, él se afeitaba la espesa barba que le había ido creciendo en los meses más crudos y rapaba su cabeza. El pelo, consideraba Faustino, es una barrera perfecta contra los malos vientos y el relente.

Aquella mañana, como todas las demás, antes de salir a la calle, Faustino miró el buzón con su nombre, alineado junto con otros en el patio de su casa. Aquel día tampoco encontró en su interior la carta que llevaba esperando casi veinte años. Un antiguo amor que había prometido escribirle después de una separación inevitable y bastante dolorosa. Faustino era de los que pensaban que el olvido sólo existe para los que olvidan. Y él se negaba a olvidar.

A sus cincuenta y tantos años, Faustino mantenía aún la ingenua esperanza de que le quedaba media vida por vivir. En lugar de reconocer que le habían jubilado anticipadamente, él se presentaba todavía muy orgulloso como un funcionario del cuerpo de Correos y Telégrafos en excedencia.

– ¡El alfabeto Morse y todos los telegrafistas del mundo hemos sucumbido sin remedio ante el auge de los modernos sistemas de comunicación! – se sinceró Leopoldo cierto día con uno de sus amigos más íntimos –. ¡Pero nada podrá sustituir a esa emoción de abrir un telegrama conteniendo el aliento y leer precipitadamente su mensaje!

XCIII

En ese preciso momento de la mañana, Leopoldo Robles tenía dos buenos motivos para sentirse plenamente gozoso. Acababa de evacuar una vejiga apurada, y los índices de audiencia del último mes proclamaban a su emisora de radio "En Buena Compañía" líder entre todas las FM locales. El informe que tenía delante de sus ojos lo certificaba sin ninguna duda. Leopoldo, digámoslo ya, desde hacía casi un año era el orgulloso director de la emisora.

Dentro de la radiodifusión de esta ciudad, nadie ofrecía programas de tanto nivel como ellos. Leopoldo, con sonrisa de oreja a oreja, se ensimismó haciendo un breve repaso mental de lo que era cualquier jornada allí en su emisora. El día daba para mucho. Con una íntima y comprensible delectación, pensó en "El Despertador", "La Cesta de la Compra", "El Vermú Político", "Noticias Barrio a Barrio", "Gol Estadio", "Dígaselo con Música", "Confidencias Después de la Medianoche"… La verdad es que le sobraban motivos para estar muy satisfecho.

Pero entonces, de golpe y con sobresalto, a Leopoldo le vino a la memoria algo que difuminó en un santiamén toda su alegría. Tres de sus cuatro chavales tenían revisión bucal la semana siguiente.

En este punto, nuestro triunfador de la FM local no pudo contenerse y masculló varios exabruptos:

– ¡Malditos dentistas!... ¡Ladrones con diploma!

Y luego de expresar entre dientes su pésima opinión del gremio de odontólogos, Leopoldo maldijo su vida familiar y los innumerables problemas que le acarreaba ser padre de cuatro hijos, habidos con tres mujeres distintas. A sus cuarenta y ocho años, él llevaba ya dos divorcios y una tercera boda; y todavía se hallaba, pese a su edad, en esa fase de tener que quitar pañales y preparar biberones.

Leopoldo Robles, sin embargo, intentó olvidarse momentáneamente de sus preocupaciones familiares. En menos de un cuarto de hora debería presentar "El Vermú Político", tal vez el programa estrella de la mañana. En vísperas de las elecciones al Ayuntamiento, los dos candidatos principales iban a debatir sus propuestas más llamativas. El alcalde de los últimos años había decidido retirarse de la política y dejar el campo libre a otros aspirantes. Así, pues, la contienda electoral se adivinaba indecisa hasta el recuento del último voto.

Tras el acostumbrado rito de unas gárgaras de última hora en la intimidad del reducido cuarto de baño que disponía su despacho de director, Leopoldo cogió la carpeta con los papeles del programa de aquella mañana, y se encaminó a paso lento hacia el estudio en donde se iba a desarrollar el anunciado debate. Ambos candidatos aparecerían puntualmente y aquel "Vermú Político" se desarrollaría de una manera harto convencional, sin enfrentamientos dialécticos agrios, pero defendiendo cada uno posturas antagónicas. Alargar las líneas del tranvía o aumentar el número de autobuses; crear más parques por la ciudad o mejorar los ya existentes; subir los impuestos municipales para financiar muchos más servicios del Ayuntamiento, o bajarlos para favorecer a todos los ciudadanos con menos recursos; preferencia por las bicis o por el coche particular; comercio con horario libre o comercio regulado; más bomberos y policías locales con bajada de sueldos, o reducción de plantillas y mejora de los salarios; perros con correa o perros sueltos siempre que lleven bozal; más bancos en los paseos o más columpios y aparatos infantiles en los parques…

Leopoldo no pudo evitar un significativo movimiento de cabeza; y aprovechándose de que nadie le observaba en ese momento, dejó escapar una sonrisilla harto burlona.

– ¡Políticos! – se dijo él para sí, asqueado repentinamente de tener que tratar todos los días con ellos –. ¡Valientes majaderos!

XCIV

"Señor juez, le expondré lo sucedido con todo detalle y sin utilizar justificaciones ridículas que a nada nos conducirían. Me lo encontré sentado en la acera, mascullando a cada transeúnte que pasaba por allí unas palabras ininteligibles, a la vez que agitaba con desgana la escasa calderilla que había reunido en un sucio vaso de plástico. Delante de él, a la vista de todo el mundo, ese mísero cartón en donde se podía leer: "Español sin trabajo, sin recursos, sin familia, sin esperanzas…" Entonces pensé que las limosnas avergüenzan a quien las da y son humillantes para quien las recibe. ¡Maldita moral burguesa! Sí, señor juez; la burguesía inventó la propiedad privada y luego las limosnas para acallar su mala conciencia. Sin trabajo, sin recursos, sin familia, quizá también sin salud… He de confesar que no sentí ninguna emoción cuando descargué en él

todas las balas de mi pistola. Hasta podría afirmarse que se trató de un crimen por piedad. Pero no me gusta utilizar esa palabra. Y mucho menos como coartada moral. Solamente pueden ser piadosos los débiles y los hipócritas. Es decir, los pequeños burgueses. Hay otra ética mucho menos melindrosa, menos limitadora para quienes estamos muy por encima de la mediocridad general, para todos aquellos que nos elevamos hasta la difícil estatura de los hombres superiores… ¡Haga su trabajo señor juez, aplique con rigor y sin miramientos de ningún tipo esas estúpidas leyes que cree defender! ¡A mí, la verdad, poco me importa!...”

XCV

Le conocí sentado con aire melancólico en uno de los altos taburetes de aquella barra de bar. Era hacia el final de la tarde de un lunes cualquiera. Me percaté de que su atención, lo mismo que un adivino delante de su misteriosa bola de cristal, parecía concentrada en la blanca espuma y las burbujas saltarinas de su jarra de cerveza. Eso sí, de vez en cuando, con el mayor disimulo, sus ojos se desviaban raudos hacia el espléndido escote de la camarera que atendía el negocio. Y entonces exhalaba un emocionado suspiro.

– Parece una muchacha muy simpática – le comenté en voz baja, sin otro propósito que entablar una amigable conversación, más que nada por pasar el rato.

El hombre de aire melancólico se limitó a mirarme sin decir palabra, y asintió con la cabeza. Sólo después de transcurridos quizás un par de minutos, le oí decir casi en un susurro:

– ¡No hay nadie como ella!... ¡Es una auténtica diosa! Estoy por preguntarle su nombre para escribirle un acróstico. Se me dan muy bien esa clase de poemas. Con la letra inicial de cada verso voy formando el nombre de cualquier chica. Llevo escritos montones de estos poemas. No conservo ninguno, por supuesto; a ellas les hace mucha gracia leer mis versos y descubrir allí sus nombres. En definitiva, siempre acabo regalando todos mis acrósticos… ¡Y por cierto, me llamo Hilario!

Yo me presenté a mi vez, fantaseando para mis adentros con otras épocas ya bastante lejanas en el tiempo, en las que imperaba la galantería caballeresca, el amor cortés, los gentiles sonetos y los delicados madrigales. La verdad es que no salía de mi asombro; nunca anteriormente me había tropezado con nadie que despachara acrósticos como si fuese lo más normal del mundo. Dudaba incluso de que hubiera en esta ciudad más de un veintena de personas que conocieran la palabreja de marras. El término “acróstico” parecía de poco uso hasta para un crucigrama.

Mi nuevo amigo Hilario al final no se contuvo y preguntó de sopetón a la sorprendida camarera cuál era su nombre. Para vencer los comprensibles recelos de la joven, él le aclaró en seguida:

– Si quieres, te escribo un poema utilizando las letras de tu nombre. Déjame un papel y algún bolígrafo.

La guapa camarera todavía se lo pensó un momento. Pero pronto accedió a la extraña proposición mostrando una deslumbrante sonrisa.

– Me llamo Angelines… ¡Y aquí van papel y lápiz para que me demuestres tus habilidades de poeta! Si me gusta lo que escribes, te invito a otra jarra…

La tarea no resultaba en absoluto sencilla – ¡un acróstico de nueve versos! –; sin embargo, parecía cosa irrisoria para alguien como Hilario, quien me aseguró bien ufano que se había atrevido incluso con nombres de una longitud fuera de lo común, tales como "Hermenegilda" y "Leopoldina".

No hace falta añadir que el habilidoso poeta salió airoso del difícil reto, y se ganó tranquilamente la admiración de la sin par camarera y una segunda cerveza bien helada.

*(*Nota del autor*. La linda moza leyó el poema en voz baja y se quedó el papel mostrando una sonrisa que bien hubiera merecido una oda de al menos cien versos. Por mi parte, no tuve otra opción que disimular mi enorme disgusto por la imposibilidad de leer el gentil acróstico.)*

XCVI

Un novio provisional. A Nati, semejante propuesta se le figuró casi una broma de mal gusto. ¿Qué pretendía decir él con eso de "un novio provisional"?

Nati poco menos que le escupió a la cara la pregunta clave:

– ¿Acaso se trata de que no me quieres lo suficiente?

– Yo te quiero muchísimo, una barbaridad – se apresuró el pobre hombre a tranquilizar a su furibunda enamorada.

– Entonces, explícate…

– Mi amor, tú tienes veinticinco años y yo cuarenta y cuatro. ¡Y estoy de acuerdo contigo en que la edad no importa! Pero, si lo meditas a fondo, llegarás a la conclusión de que todas las relaciones de pareja son siempre provisionales. Lo cual no impide que a veces un amor provisional perdure cincuenta o sesenta años. Aunque no es lo más corriente. ¿Entiendes lo

que quiero decir? Para mí, ser tu novio provisional significa únicamente que me puedes dejar cuando tú quieras, en el justo momento en que te canses ya de estar a mi lado. ¡Sin quejas ni reproches por mi parte!

– ¿Y si eres tú quien se cansa de estar conmigo?

– En ese supuesto, ¡Dios no lo quiera!, simplemente me verás marchar en silencio, quizás haciendo grandes esfuerzos para no volverme y mirar tu cara por última vez. Ya sabes, ¡odio las despedidas sensibleras!

XCVII

Irene estaba ya algo preocupada. Aunque ella se esforzaba mucho como siempre, no había manera de que se pudiese concentrar en los deberes de la escuela. A sus doce años, Irene era la chica más envidiada por todas las demás compañeras de su clase. Y la razón de tal envidia se explicaba por el hecho que Mario y David, los chavales más listos y encantadores del curso, competían sin ningún disimulo por ser su novio oficial.

¡Mala combinación los chicos y las tareas escolares! Irene no veía modo de conciliar novio e Historia de España y Matemáticas. Sin contar con la terrible duda que azoraba su mente de continuo. Mario o David.

Una tarde, aprovechando una visita a casa de su abuela, pensó Irene que había llegado el momento de sincerarse con alguien de su total confianza.

– Necesito que me aconsejes, abuela – le soltó de golpe la chiquilla con aire suplicante –. ¡Tengo un problema muy gordo!

– A ver, cuéntame… – respondió la mujer con cierta alarma.

– ¡Hay dos chicos que me gustan mucho!... ¡Y estoy muy indecisa!

– Vaya. ¡Ese sí que es todo un problemón!

Hubo un instante de silencio, como si nieta y abuela no hallasen palabras para continuar la conversación. Finalmente habló Irene:

– Los dos son muy majos y simpáticos, y conmigo se portan muy bien. Siempre que les pido algún favor, ahí están ellos como buenos amigos para complacerme en todo. Mario es de los alumnos más listos de mi clase. Me ayuda muchísimo con las matemáticas y la geometría. En una ocasión, me explicó el teorema de Pitágoras con tanta claridad y delicadeza que permanecí embobada todo el rato que duró el recreo. David – ¡ni se te ocurra decírselo a mi madre! – es muy guapo, aunque un poco frescales con las chicas. ¡Me ha enseñado a dar besos con lengua!... Lo malo es que también ha enseñado a otras compañeras… ¡y esto me da

muchísima rabia! Ayúdame, abuela; no sé por cuál de los dos decidirme…

La mujer contempló a su nieta con una inmensa ternura, y pareció meditar la respuesta más adecuada. Tras una pequeña vacilación, al fin llegó su esperado consejo:

– Si ahora no sabes por cuál de los dos decidirte, eso quiere decir una sola cosa. ¡Debes esperar sin ninguna prisa hasta conocer a ese otro muchacho que, un buen día, acabará con todas tus dudas!

XCVIII

Un mal día, más o menos lejano, nuestro Dionisio quizá fallezca de súbito ataque al corazón, o bajo las ruedas de algún autobús; o tal vez decida jubilarse cuando le llegue el momento, y aguarde su final con tranquilidad, resistiendo heroicamente el reúma y la melancolía. Sea como fuere, la llegada del infausto acontecimiento representará el cierre definitivo del "Claro de Luna", postrer refugio de todas las Artes en esta ciudad desde los gloriosos años ochenta.

El amigo Dionisio, pianista frustrado, con sólo tres conciertos en su carrera, y los tres con división de opiniones entre el público, antes de cumplir los veinte había abandonado ya la música, a imitación del gran poeta Arthur Rimbaud, y a partir de entonces se dedicó a viajar y vivir lo mejor posible, mientras le duraron los ahorrillos que su padre le dejó en herencia. Con su último millón, y un pequeño crédito bancario, en 1985 abrió el afamado local "Claro de Luna". Dionisio, poniéndole tal nombre a su negocio hostelero – bar, cafetería y pub nocturno, según la hora que fuese –, rendía un modesto homenaje a su admirado Claude Debussy (1862-1918).

Y treinta años después, el "Claro de Luna" sigue acogiendo a lo más insigne de la intelectualidad local. ¡Poetas, novelistas, gentes de la farándula, pintores, músicos…! ¡Entre estas paredes casi sagradas, cuántos hombres célebres no se habrán echado al cuerpo algún que otro chupito de anís o de orujo gallego!

Desde los primeros tiempos, Dionisio lo tuvo muy claro: la planta calle para los clientes más serios y tranquilos; la planta sótano para los artistas y demás gente bohemia. Y aún quedaba una especie de discreta bodega, anexa al sótano, que lo mismo servía de almacén, oficina, garito de juegos de azar, o incluso de nido romántico para parejas con entusiasmos perentorios. ¡Nadie más liberal de ideas que el amigo Dionisio! ¡Baste decir que los venerables muros de la planta baja rezuman un intenso olor a humo de tabaco, y a otros humos de difícil clasificación!

Lo explica muy bien Ambrosio Piñones, parroquiano habitual del "Claro de Luna", y uno de los pocos poetas que continúan publicando libros en

papel, todos a costa del propio bolsillo:

– Es difícil prever cuándo te llegará la divina inspiración y las musas te serán benévolas. ¡Yo, perro viejo, he aprendido que no hay nada como un buen vaso de ginebra o un señor porro para invocar sus favores!

XCIX

"¡Qué curioso!", se dijo para sí Teodoro al llegar aquella mañana a la parada del bus y disponerse a ocupar el último sitio libre en el banco de la marquesina acristalada, un poco a resguardo del frío intenso propio del mes de febrero. En esa línea, y a una hora tan concurrida, los autobuses que le llevaban diariamente hasta la universidad no solían demorarse más allá de cinco o seis minutos.

Lo que a Teodoro le resultó tan curioso era un pequeño libro que alguien se había olvidado en un extremo de aquel frío banco de la marquesina. No exactamente el libro en sí. Lo chocante de verdad le pareció su título: "Cuentos para leer esperando el autobús".

Teodoro abrió el libro al azar, y se quedó atónito leyendo las líneas que siguen a continuación: "Cada mañana, a eso de las ocho, él cogía siempre en el mismo punto el autobús que le llevaba hasta la universidad. Cierto día, al llegar a la marquesina de la parada e ir a sentarse en el estrecho banco al abrigo del cierzo, se quedó perplejo al descubrir un librito olvidado allí por alguien y fijarse en sus tapas rojas, harto llamativas, y el insólito encabezamiento: CUENTOS PARA LEER ESPERANDO EL AUTOBÚS."

Desde aquella fecha, y después de Teodoro, muchos otros usuarios de la línea de autobuses se han encontrado en la misma marquesina el pequeño libro de tapas rojas. ¡Y lo absolutamente inexplicable es el hecho de que todos los lectores sucesivos se han visto reflejados con total exactitud en las escasas líneas leídas!

Inaudito parece también que nunca nadie decidiera apropiarse del misterioso libro y llevárselo a casa. Como si la totalidad de los lectores casuales que en algún momento había hojeado alguna de sus páginas, entendiesen claramente que la parada del autobús era el único lugar idóneo para unas historias tan breves.

C

…FIN. (El amable lector puede imaginar a su entero gusto lo que antecede a esos puntos suspensivos.)